REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica | **1935** | Sábado 2 de Marzo | Núm. 9

Año XVI—No. 721

SUMARIO

Pizarro

Por R. BLANCO-FOMBONA

= De *El Sol*, Madrid. =



No quisiéramos leer—y de seguro no leeremos—todo lo que se va a decir sobre Francisco Pizarro hoy, 18 de enero, cuarto centenario de la fundación de Lima. Lo que se va a decir en España y fuera de España.

Prefiramos guardar un minuto de silencio en honor del conquistador del Perú; mejor diremos consagrar un minuto de meditación a su memoria.

Grande hombre fué aquel extremeño. Grande hombre, aunque no quizá superior a otros de sus mismos compatriotas aparecidos en la hora magnífica del destino. ¡Cuántas coincidencias para ganar el premio gordo de la Fama! Unos años antes o unos después, o en otra región que el Perú, hubiera tal vez Pizarro aparecido envuelto en la nébula de los héroes anónimos.

La conjunción de una fabulosa energía personal, de aquella hora genésica y de plenitud para España—hora en que las madres españolas sólo parieron héroes—y la ocasión única del Nuevo Mundo recién descubierto, lo sacaron a luz. Y no bastó aquello. La fortuna lo acompañó, vencida por la constancia; y no le faltó el rayo de luz mental, en medio de su ignorancia supina, para superar en éxito a sus pares. Porque pares y no inferiores a él fueron Alvarado y tal vez Almagro.

Otra fortuna gozó: que Balboa, el que parecía destinado a descollar en las empresas del mar del Sur—no sólo por su energía, sino también por su talento—, muriera pronto, y que Hernán Cortés, el otro gran conquistador, tuviera por teatro de sus empresas un país norteño, remoto.

Pero estas fortunas y otras mil que se añadan no bastan a explicar la proceridad de Pizarro ni su éxito fabuloso. En la bandera que flota al viento y se mantiene flotando sin que el viento la arrastre hay una cosa recta y firme: el asta; en el hombre que culmina, crea y perdura también hay algo: el carácter, la personalidad.

La personalidad desborda en Pizarro. Se le puede saludar con las palabras de Napoleón a Goethe: "Vous êtes un homme". Pizarro es ignorante, pérfido, avaricioso, pero es un hombre. Es un bárbaro, pero es un hombre. No sólo un macho brutal; un hombre, con toda la complejidad inexplicable en un ser sencillo y que parece de una pieza; un hombre con toda la luminosidad espiritual que puede caber en el espíritu, aunque ese espíritu sea inculto. Sólo dos palabras pueden explicar a Pizarro: grandeza bárbara.

Grandeza bárbara, pero grandeza auténtica. César Borgia es la grandeza refinada y corrompida. Pizarro, el polo opuesto. Ambos astutos, peligrosos, sin escrúpulos. Grandeza por grandeza, nos quedamos con Pizarro.

Pizarro no es sólo hábil para destruir; también crea. Este 18 de enero, cuatro veces centenario, que conmemora la ecumenidad hispánica, es una de las fechas creadoras de Francisco Pizarro: en esa fecha funda a Lima. Lima va a ser el Madrid de la América del Sur durante el período colonial, en ese rico y fabuloso Perú conquistado por Pizarro. Y el Perú será tres siglos después, en manos de Abascal, de Pezuela, de La Serna y de Rodil, la fortaleza de España en América o la España del Pacífico contra los independientes. Fundador, pues, el gran conquistador extremeño de cosas de perduración; ciudades, imperios. El bárbaro fué un civilizador. Bárbaro por su incultura, civilizador por su obra. Si conquistador de un grande imperio se hombrea. Pizarro con Hernán Cortés, en cuanto fundador de ciudades se las tiene tiesas delante de Blasco de Garay, Diego de Lozada, Jiménez de Quesada y tantos otros españoles de pro que regaron de ciudades los grandes montes, las grandes llanuras y las orillas de los grandes ríos en las tres Américas.

Pizarro tiene anchas espaldas resistentes.

Se le pueden aglomerar acusaciones; las resiste todas.

La prisión de Atahualpa fué una per-

Lima

(1535 - 1935)

Por GREGORIO MARAÑÓN

= De *Ahora*.—Madrid =

Una mañana de verano de 1535 subían hacia los Cigarrales de Toledo dos caballeros de la gran ciudad, centro de la mayor monarquía que los siglos habían conocido y que conocerían jamás. El sol era ya duro a pesar de la hora temprana, y los dos paseantes tenían que detenerse de tiempo en tiempo para encontrar alientos nuevos a la fatiga del camino áspero y a la charla vehementísima que los entretenía. Desde el Puente de San Martín, al pie de las murallas, el camino viejo de los Cigarrales se eleva casi a pico entre rocas calcinadas, y se precisan piernas juveniles y el corazón intacto para soportar la caminata. Pero los caballeros ascendían con aquel sosiego que se advierte

(Pasa a la página siguiente)

fidia; su muerte, una crueldad. Si desapasionadamente se calcula, puede suponerse que aquél fué un acto de profunda sagacidad política de parte de Pizarro. Parece haber descubierto—intuído sería mejor decir—que muerto el emperador desaparecería la resistencia. En efecto, así ocurrió. Así era la psicología del indígena. Pueblos acostumbrados a la obediencia y el fetichismo monárquicos, carecieron de la iniciativa que tienen pueblos educados en régimen de libertad, en donde el factor humano cuenta por sí.

Si tal descubrió o supuso Pizarro, obró sagacísimo, más allá del bien y del mal. Dado lo angustioso de la situación—con un puñado de aventureros, en un país desconocido y ante un Gobierno de fuerza—, ¿cuántos conquistadores hubieran vacilado?

Y si a tanto no alcanzó la penetración de Pizarro, siempre quedará erguida en medio de la Historia, y más alta aun que la crueldad y la perfidia, la descomunal audacia del conquistador.

Pero no disculpemos como abogados lo que tal vez no podemos, por carencia de datos fidedignos, explicar como psicólogos.

Lima...

(Viene de la página anterior)

en los que tienen la cabeza blanca y ya no tienen prisa por llegar a ninguna parte. Además, los graves sujetos tenían mucho que hablar y no querían, sin duda, que antes que la conversación se les acabase el camino.

Habían oído misa en la Catedral, y en los corrillos del claustro, donde se reunían canónigos y nobles, mercaderes y soldados, ávidos de mentiras y verdades, habían sabido, por ese hombre de todos los tiempos y de todos los lugares que lo sabe todo, que acababan de llegar a la Corte las últimas nuevas de las Indias remotas. Y nuevas de tal importancia que los otros sucesos que mantenían la pasión en los pechos y en las lenguas quedaron, de momento, obscurecidos.

Por entonces, el alma hispánica estaba henchida del fervor que produjo la conquista de Túnez por Carlos V. Gesta fabulosa de leyenda. Quienes no hayan leído la historia de España en los siglos XV y XVI a la sombra de los olivos toledanos no se pueden dar cuenta de lo que fué nuestra raza y de por qué lo fué; de sus virtudes y de sus defectos, unas y otros comparables en su altura cimera y en la sombría profundidad. Si de algunos pueblos ha podido decirse, como de algunos hombres, que no tuvieron defectos ni virtudes, este juicio —para mí, el más grave que puede aplicarse a los hijos de Dios— no es, ciertamente, imputable a nuestra raza. Grandes, excelsas fueron las cualidades colectivas del español de entonces y, como ellas, grandes las fallas de su genio. Cada cual nos juzgará desde sus preferencias, por una u otra de las dos dimensiones. Lo que nadie podrá achacarnos sin ser injusto es que el perfil de nuestra historia haya sido plano y sin relieve, sin esos dientes y muescas en los que se engranan eficazmente las otras grandes ruedas de la vida de la civilización para mover entre todas al mundo.

Yo he soñado muchas veces, con un libro en la mano, frente a la silueta incomparable de la Ciudad Imperial, erguida sobre una peña y rodeada de una llanura que se pierde a lo lejos como el mar. Y he pensado en que unos hombres que vivían, como nosotros ahora, en este paisaje, tan propicio al delirio, no se despertaron una sola mañana, durante dos siglos, sin que desde unos mundos remotos que se llamaban Flandes, Berbería, Italia, Alemania o América, dejasen de llegar noticias de tal magnitud que, sin duda, parecerían milagros y quimeras una y otra vez, hasta que su repetición habituó a las almas ibéricas a considerarlas como cosas reales y verídicas. Ejércitos inmensos que se rendían, flotas deshechas, príncipes aprisionados, naciones conquistadas, mundos nuevos y fabulosos que abrían sobre la metrópoli caudales de oro y de joyas, de plantas milagrosas, de animales inverosímiles, y sobre todo ello, un misterio infinito que se hacía prodigiosamente historia al lado de las historias cotidianas. Y todo esto, que sería un sueño para los súbditos de un país opulento y guerrero, sucedía en un reino sobrio, de ciudades y aldeas raras y escuetas, hincadas en las pedrizas de una meseta áspera, en la que la tierra se riega con sudor y el pan, bendito porque es casi sangre, más que se come se comulga.

Sólo así se comprende que el español, al cabo de unas cuantas generaciones de esta disociación prodigiosa, entre el ascetismo corporal y las orgías de ensueño del alma, acabase por no saber distinguir la realidad del milagro. Confusión sublime y trágica, que forma la clave verdadera del alma y de nuestra raza; fuente a la par de nuestros males y de nuestras venturas y que tiene en el arte sus dos expresiones inmortales: en los deliquios, llenos de sobrehumana sensatez, de Don Quijote y en el cuadro de el Greco, que representa el entierro del conde de Orgaz, en el que, como en una redoma prodigiosa, se mezclan con absurda naturalidad el cielo con la tierra.

Aquel año de 1535, el milagro real o la realidad fabulosa era la hazaña del emperador en las costas berberiscas. Una tropilla da aventureros bajo su mando augusto había desembarcado en Túnez, había tomado a pecho descubierto la Goleta y había abatido el poder casi mítico de aquel Barbarroja, que aun hoy pasa como un titán, rapaz y ensangrentado, por los sueños de nuestros niños. Diez mil cautivos recobraron la libertad y la esperanza perdidas; un rey perseguido se alzó de nuevo, de la mano de Carlos, en su trono; el espíritu cristiano se reconfortó con la humillación del infiel, y unos laureles más se unieron a los que ceñían ya la frente de aquel hombre, envejecido por la tremenda melancolía que da la gloria excesiva y prematura. Pero, como dice un historiador extranjero y entusiasta, "la generosidad de la empresa, su magnificencia y su triunfo fueron mucho mayor que las consecuencias útiles para España". Así fueron casi siempre nuestras hazañas. En suma, una quijotada más. Pero estas quijotadas eran para el pueblo español el pan del alma, que compensaba —¡y con cuánta largueza! — la escasez del pan de sus campos sin brazos y sin lluvia.

Y en plena explosión de las luminarias del milagro africano estalla otro, transmitido por las carabelas recién ancladas en el río manso de Sevilla. Un mundo nuevo, quizá el más maravilloso de los del Nuevo Mundo, se acababa de incorporar a la historia humana. Había una tierra más —tierra remota— de riquezas inauditas. Se llamaba el Perú, cuyo nombre se incorporaría para siempre, como sinónimo de la opulencia, a la ideología del peninsular. El hombre enterado de todo había referido, en la penumbra fresca del claustro, los prodigios de esta conquista, que la distan-

cia nimbaba todavía de nuevos resplandores. Jauja, Cuzco, Cajamarca, ciudades de ensueño; Atagualpa y Pizarro, los dos titanes, entrevistándose en el misterio de la noche; el fraile Valverde levantando la cruz desnuda frente al esplendor del monarca inca; hazañas generosas y traiciones siniestras; bajeles que se hundían bajo el peso del oro conseguido. Cosas increíbles que en cualquier parte se hubieran oído con escepticismo o con jácara, pero en aquel concurso toledano se escuchaban con milagrosa buena fe y, a lo sumo, con el mismo gesto de asombro comedido de las manos con que los caballeros del entierro del conde vieron arrebatar su cuerpo por dos santos de la Corte celestial, o con que Sancho oía confundir a su señor los rebaños con tropas de guerreros.

De todo esto, tan natural y tan peregrino, iban departiendo los dos hombres graves que subían la cuesta de la colina toledana. Al llegar a su cumbre, allí donde asoman las cercas de los primeros cigarrales, se detuvieron por última vez para volverse a contemplar el perfil de la ciudad amada y todopoderosa, con su armonía de cúpulas y torres y, en medio, la flecha de la Catedral como una pica que clavase en el suelo al caserío para quitarle la tentación de volar. Y antes de separarse comentaron la última noticia: Pizarro, el 18 de enero, sobre la aldea de Lima, había fundado la ciudad de los reyes, capital del reino nuevo.

¡Lima! Por vez primera volaba este nombre sonoro y dulce, de mujer y de fruta, sobre los tajos castellanos.

Y ahora han pasado cuatrocientos años. El Perú no es ya un reino de hadas, sino una gran nación libre, llena del dolor y de la gloria que llevan los hombres vivos y reales sobre sus espaidas de carne y hueso. Lima, la ciudad próspera, celebra el centenario de su fundación con la gustosa melancolía que da, al mirar hacia atrás, la madurez lograda y opulenta. La sangre de dos razas que se vertió para erguirla en aquellos días lejanos de azar y de tragedia corre fundida en una sola por sus venas actuales. España y el Perú son hoy dos hermanas que se tienden las manos, regadas por la sangre común.

Han pasado cuatrocientos años. Otro español de 1935, como aquellos de cuatro siglos atrás, piensa en Lima desde lo alto de los Cigarrales. A sus oídos llegan las mismas campanas que celebraron el nacimiento de la ciudad nueva bajo el mismo cielo eterno y azul. Han pasado muchas cosas y acaso no ha pasado nada. Porque sólo es algo y es grande lo que es igual desde el principio: la inquietud por una justicia más perfecta, el amor entre los hombres, la fe en el progreso de los mundos.

Y ahora, como entonces, por rutas infinitas e invisibles, esta emoción enlaza, de corazón a corazón, las llanuras del Perú con la meseta de Castilla.

Estampas

Plan de políticos; necesidad de pueblos, no

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y Marzo del 35 =

Los políticos panameños disparan su flecha estridente y dicen que la clavan sobre el fallo que dió el ya difunto señor White, dejándolo desacreditado, sin la pretendida invulnerabilidad de que el Departamento de Estado lo ha revestido. Esos políticos salieron apenas conocido el fallo a pedir a los Gobiernos suramericanos que se rebelaron contra él. Esfuerzos perdidos fueron los de los políticos, porque nadie pensó en reprochar al juez yanqui lo hecho al trazar una frontera que le habían entregado indecisa y devolvía con un relieve inconfundible. Han guardado su desquite esos políticos y al establecer hoy la compensación de territorios como base de un arreglo definitivo entre su país y el nuestro, le clavan flechas al pobre fallo. Perdió éste su integridad y la vanidad del político paladea la victoria.

Los políticos nuestros nada dicen en contra ni a favor de lo que estampó el señor White para que se cumpliera. Simplemente aceptan el plan de arreglo entregando y recibiendo territorios. Algunas gentes sí condenan el posible arreglo y entonces piden el cumplimiento del fallo yanqui. No debemos perder lo que tenemos conquistado por una sentencia que dió el jefe del más alto tribunal de los Estados Unidos, dicen los descontentos con el arreglo. Y agregan: con sólo pedir a los Estados Unidos que haga cumplir esa sentencia Panamá tiene que someterse. Tratar a base de desconocimiento de ella es perder la ocasión que el Departamento de Estado nos dió cuando Panamá nos metió en la asonada bélica de hace unos años. Dijeron los hombres de entonces que cesáramos en nuestra movilización y ellos harían lo demás. Y lo demás era obligar a Panamá a someterse punto por punto al fallo del señor White.

Creemos que el justo punto de vista no lo dan al observador sereno ni el político panameño, ni el descontento costarricense. En aquél falta honradez. En el nuestro sobra confianza.

Es imposible que el político panameño que lanzó maldiciones contra el fallo del político yanqui y quiso echarle encima la cólera de los Gobiernos suramericanos, encuentre hoy que el simplísimo arreglo en proyecto vuelva cosa muerta el fallo. Nunca podrá el hombre que vive de la política, que es cosecha de posiciones y granjerías, entablar lucha contra las disposiciones y órdenes del Departamento de Estado. Era natural que el político saliera a gritar que lo hecho con Panamá por el señor White había sido terrible iniquidad. El político vive de estos gritos a tiempo. Si no los da pierde prestigios como patriota y como estadista. De modo que la emprendió calculadamente y de una manera tenaz contra la sentencia que fijó fronteras a su país y al nuestro. Poco tiempo después todo había vuelto a su calma y el político no varió un ápice su conducta zalamera con el Departamento de Estado.

De modo que cuando lo oímos ahora enaltecer el proyecto de arreglo limítrofe porque hiere eso que él mismo llama majestad del fallo White, no podemos creerle. Es imposible creer en político alguno. Y en el de Panamá menos, porque los intereses yanquis en esa nación son inmensos y en halagar y dar jerarquías al político está su mayor éxito. El panameño que siente la penetración imperialista del Departamento de Estado estará con nosotros, en este juicio. El Canal de Panamá exige todos los sacrificios a ese panameño. Y la zona que ocupa la obra canalera fué entregada al yanqui imperialista por el político panameño. Y aquello es lo capital. Por el Canal tiene el panameño que vivir como arrimado en su propio suelo. Por el Canal Panamá es factoría. El político lo sabe, pero habiendo dado él la tranquilidad de su pueblo hace como que vive en perpetuo sacrificio y lucha por ella. Entregó esa tranquilidad y por rescatarla no ha de batallar jamás.

No nos lean mal y quieran pensar que hemos tomado el trillo patriotero en esta cuestión de límites en las tierras fronterizas. Desconfiamos del político panameño que para halagar a su pueblo

ciego le dice que le llegó la hora de desacreditar el fallo del señor White aceptando la compensación de territorios. El político es sumiso con el poderoso. Los que quieran muestras claras de esa sumisión en el político panameño vuelvan a leer el texto del tratado firmado entre el Departamento de Estado y los políticos dueños del Gobierno de Panamá en 1926. Muchas veces hemos hablado de ese bochornoso tratado que no ha llegado todavía a convertirse en cadena contra el panameño de honor, porque ese panameño lo ha denunciado tenazmente y ha pedido justicia. Pero los políticos lo hicieron con toda la perfidia imaginable y lo presentaron a las asambleas para que fuera sancionado. Aquello es peor que el inofensivo laudo del señor White que en suma no es sino la rectificación de fronteras sin ánimo malvado y con espíritu de elemental justicia. Y sin embargo los políticos no han levantado batalla contra el engendro de sus maldades. Por ese tratado Panamá da a los Estados Unidos todo lo que le queda después de la entrega de la zona canalera. Construye red de caminos con tope en el Canal y son para que el yanqui los use con ejércitos y con civiles en todo tiempo. Le entrega en el Atlántico la Isla de Manzanillo y una inmensa área marítima. Deja al Departamento de Estado que construya redes telefónicas y telegráficas, que instale estaciones radiotelegráficas y use todas las que Panamá tiene como cosa suya. Le impone la obligación de someter al permiso yanqui la instalación y funcionamiento de nuevas estaciones. Y para cerrar el eslabón de esclavitud perpetua la obliga a declararse en guerra cuando los Estados Unidos estén en guerra con cualquier nación.

Obra de los políticos panameños es ese infame tratado firmado en Washington en 1926 y sin aprobación todavía por el escándalo que levantó el panameño de vergüenza. ¿Cómo creer entonces en la sinceridad de ese político? El panameño que medita estas cosas reales no puede nunca creer en el juicio del político que allá pide ahora la aprobación del arreglo de límites con Costa Rica por cuanto ese arreglo da golpe certero contra la integridad del fallo del señor White. Es sabido que ese proyecto de arreglo que celebran los políticos de Panamá y adversan costarricenses confiados en la palabra del Departamento de Estado y en las bondades del fallo del señor White, entrega tierras nuestras a Panamá en la desembocadura del Río Sixaola y nos da tierras de Panamá en el centro de la línea fronteriza actual. Pues como es tratado nacido exclusivamente de conversaciones entre Gobiernos hechura de políticos, nosotros no tenemos fe en que los territorios compensados sean para servicio de panameños y de costarricenses. El político panameño no puede nunca decir que quiere territorio para que su nación viva con holgura y decoro fuera de la presión esclavizante del imperialismo yanqui. El territorio no tiene significación en el político panameño sino cuando forma parte de un tratado con el Departamento de Estado. Y el espíritu de esos tratados es siniestro. Veamos cómo comienza el artículo 11 del tratado de 1926, sin aprobarse todavía hoy por el esfuerzo rebelde del panameño de dignidad: "La República de Panamá concede a los Estados Unidos **a perpetuidad** el uso, ocupación y control de la parte de la Isla de Manzanillo, en el extremo Atlántico del Canal". Es decir, el político panameño da su suelo al yanqui imperialista para los siglos de los siglos. La obra canalera exige día a día mayores entregas de suelo panameño. Para obtenerlo no trata el Departamento de Estado con el pueblo de Panamá. Sitúa al político panameño en Washington y allí lo hace pactar. El Canal es monstruoso y la estrategia pide defensas. Esto es lo satánico de esa obra, que no se ensancha como obra de grandeza para un tráfico de bienestar universal, sino como salida de acorazados. Los Estados Unidos no tienen limitaciones para hacerla eficaz y volverla invencible. El suelo panameño será pequeño para el crecimiento del monstruo.

De manera que al pedir el político panameño territorio costarricense en la desembocadura de un río caudaloso y cercano al Canal no es para situar allí poblaciones laboriosas que tengan y den bienestar. El caudal fluvial tan vecino al Canal debe de tener alguna estrategia ya estudiada por el yanqui que vigila y cuida la obra canalera. No es ocurrencia de político esa de pedir aguas y territorios con salida al mar, precisamente al mar del Canal del imperialismo yanqui. Y el político panameño no tiene escrúpulos cuando el yanqui le pide territorios y aguas y se los entrega por tratados a perpetuidad. Por consiguiente, oponerse a que se dé al político panameño una área fluvial y terrestre tan considerable como la que pide en el proyecto de arreglo, no es patriotería sino defensa y previsión grande.

Pero, se replicará, al yanqui imperialista lo mismo le da que el área fluvial o terrestre sea panameña que costarricense, porque en el momento que la necesite la toma con la expresión soez del primer Roosevelt. Es cierto, pero en Panamá tiene el pretexto del Tratado de 18 de Noviembre de 1903 que le da derechos soberanos sobre la Zona del Canal y le basta aducirlo ante el político para obtener sin el escándalo mundial cuanto quiere. Si en sus planes de defensa del Canal está la adquisición del Río Sixaola y sus márgenes y más allá de ellas, habiendo pasado el bloque fluvial y terrestre a Panamá, le será muy simple entenderse con los políticos de allá que han firmado todos los tratados inicuos que han convertido a esa nación en factoría. Con Costa Rica tendría que justificarse y los obstáculos serían mayores porque Costa Rica no tiene zona canalera.

Volvemos a repetir que no caminamos por el atajo patriotero. Sabemos que es fácil volverse defensor de estos intereses por un momento. Pero preferimos la defensa permanente, a perpetuidad, para usar la expresión rotunda de los tratados estilo yanqui. Si negamos la necesidad de entrega de territorio, no es por eso de la integridad del territorio nacional. Es porque la entrega es plan de políticos y nunca necesidad de pueblos. Ni el panameño ni el costarricense se están dando cuenta del valor de las zonas que los políticos compensan. Ni saben si las necesitan o si son para su bienestar o su maldición. Es decir, viven ciegos y mudos en los acuerdos fronterizos. Y como no se les consulta y sólo se les impone, la más elemental defensa del territorio contra el imperialismo yanqui dice que lo mejor es no entregarlo para que sea mercancía de políticos.

Versos nuevos

Por CARLOS LUIS SAENZ

= *Colaboración*.—Heredia, Costa Rica, febrero de 1935. =

DELICIA DE VERDORES

A *Salarrué*

1

En la rama está el cantor,
la rama toca en el agua,
y en el agua, todo el cielo,
sube en luz a su garganta.

2

Por un cielo solo, azul,
de cristal puro y compacto,
viene la luna, fragante
del campo recién mojado.
Pule verdores la brisa
halagadora de pájaros,
y en su delantal, la luna
le riega capullos blancos.

3

Luna, naranja boreal,
que en su cáscara de hielo,
se exhibe, fría, en el cielo,
ante un niño de cristal.

4

El sol, San Jorge de Estío,
vence dragones sombríos
sobre los cerros morados
que empiezan a anochecer.
Viento, jinete de frondas,
pasa, lancero de plata,
y por las sombras redondas
hinca sus espuelas claras.

CABALLITOS DOMINGUEROS

Caballitos dominigueros
subieron al pueblo
a oír misa del santo milagrero,
que una vez en el año
se da por el enero.
En torno de la ermita
y en el camino polvoriento,
ambas manos al aire
y los ojos de fuego,
alardearon cabriolas en el viento.
¡Lindos los caballitos domingueros
cuando suben al pueblo
a la misa que anuncian
los cohetes bullangueros!
¡Lindos los caballitos
recién salidos de los potreros,
con la espuma del brío
aventada en los belfos!
Por la tarde, los caballitos domingueros
bajan, todos manchados
con sus jinetes ébrios.

DOS VACAS

Sus grandes vientres redondos
a un lado y otro hamacando,
las pendientes del camino
dos vacas vienen bajando.
Muy pocos días les faltan;
van a parir en el llano.
¡Qué esplendor pone en sus ojos
el sol, que ya está rasando
la polvareda amarilla
en el crepúsculo largo!
Con qué ternura en el sol
y en el polvo van sus pasos;
el viento en sus remolinos
parece irlas arrumbando
con sus ramas de cristales
a los potreros del llano.
Allá nacerá el ternero
con su hociquito rosado
y con su pelo brillante
de bien lamido, lavado.
¡Con qué ternura en el sol
y en el polvo van sus pasos!

JUEGO

Que sí,
que no,
el viento juega con el arbolón.

De plata,
de oro
son, las duras hojas del higuerón.

Canción... Silencio...
Silencio... Canción...
El viento juega con el arbolón.

El viento niño,
el higuerón abuelo,
y todo el prado ríe de su juego.

CIELO DE LUNA

A *Porfirio Barba Jacob*

Cielo de oriente en la tarde
con acuáticas fragancias,
para una luna, señora
de cerros y de distancias.
Transparencias inocentes
desnudan a la montaña
que tiene el pecho morado
como de violetas claras.
En el horizonte, el cielo
hace el mar, lámina de agua
y se resbala por ella
una luz de concha nácar.
La brisa trae la carroza
de la noche, claveteada
y centellante, por las
suaves colinas mojadas.
Y en el cielo, que es de luna,
no sube la luna blanca,
luna que sería señora
de cerros y de distancias.

CASITAS AMANECIENDO

Fogones madrugadores
están llamando los soles.

El humo de las cocinas
se confunde con las neblinas.

Brillan como lavados
los tejados escarchados.

Los potreritos son delantales
por donde balan los recentales.

Las linternas de los corredores
palidecen con los albores.

Y los ladridos de los perros
hacen huir la noche de los cerros.

Enero del 935.

JUEGAN Y CANTAN

A *F. Amighetti*

Al otro lado de los árboles
juegan y cantan;
¡qué suaves vienen en el aire
las voces tamizadas
de los niños, alegres
de sol y viento
al otro lado de las verdes ramas!

EL ARCO-IRIS

Las bocanadas de viento
pasando bajo el arco-iris:
¡ay, viento, viento, viento!
tumba el puente del arco-iris,
quiébralo sobre los cerros
empapados de rocío.

AMANECIDA

Su voz empapada en verde
por los cipreses combríos,
despertaba ecos dorados
por el cerro amanecido.
Sus palabras, concha nácar
a la orilla de la aurora,
reflejaban sueños altos
de estrella en nube y en ola.

SOMBRA DE ARBOL

Isla de césped, dormida
bajo la fronda amarilla.

Tres vacas de azúcar y un ternero
rumian la siesta de fuego
en tu paz verde de oro tierno.

En torno a ti, olea el potrero
quemado por el sol rojo de enero.

CAMINO

Caminito trepador de cerros
tan sin gente y tan mío,
que sin puentes, humilde,
pasas descalzo por los ríos;
yo te quiero, caminito cerrero,
cuando, desde la colina última,
me echas sobre la frente
el borbollón de la luna.

LIBELULAS

¡La fiesta de las libélulas
sobre las aguas trémulas!

Oro y verde; azul y plata;
sol y sauces; cielo y agua.

¡La fiesta de las libélulas
sobre las aguas trémulas!

LOS ECOS

A *Isaac Felipe Azofeifa*

Bosque. Grito. Los enanitos verdes
salen tras de los árboles
distantes. Silencio. Se ocultaron.
Grito. De nuevo salen a encontrarme:
Aaae. Asiré por sus barbas de bejuco
al que se presentare.
¡Ae! ¡Corren más presurosos
que el viento, por los troncos de los árboles!

EXTRANJERO NIÑO

¿Del niño extranjero
son ésos cerros?
Bueno, que lo sean.
Ojos de California
o de Alemania
se olvidarán, mirando la montaña.
¡Ay, mis hijos,
no hay niños extranjeros,
pues a todos los niños
la tierra les regala sus cerros sin banderas.

En la inauguración de la Novena Conferencia Sanitaria Panamericana celebrada en Buenos Aires

El discurso del Dr. Solón Núñez

= *Envío del autor*.—San José, Costa Rica. 8 de febrero de 1935. =

Señor Presidente de la República,
Señoras,
Señores:

Y Argentina habló a la América por boca de uno de sus más preclaros varones: Muy bellas son nuestras montañas; soberbios nuestros ríos; magnífico nuestro cielo. Pero no es la majestad de las montañas, ni el plata de los ríos, ni el azul del cielo lo que forman la nacionalidad; ni siquiera logran formarla la pujanza del suelo ni el oro de sus entrañas. La nacionalidad la constituyen los hombres que pueblan esta tierra, y que han sido, son y serán los hacedores de su riqueza, de su civilización y de sus prestigios.

Y Argentina abrió los brazos, largos como los ríos, a la inmigración extranjera; estimuló y protegió la propia, y dió al mundo el espectáculo singular de esta regia ciudad de Buenos Aires, honra del Continente y orgullo de la raza, que ayer no más contara con cien mil habitantes y hoy dos millones de ciudadanos, fundidas sus aspiraciones en el crisol de su escuela admirable, ponen pensamiento, alma y acción en el regazo de la bandera blanca y azul.

El enunciado de Alberdi, que no es sino la ideología de Rivadavia y de Sarmiento cristalizada en forma matemática, debía inspirar años luego el concepto de que si gobernar es poblar, poblar es sanear: saneamiento de la tierra; saneamiento del hombre en materia y en espíritu.

¿A qué evocar Panamá y la Campiña Romana y el Mediodía de los Estados Unidos, lugares todos donde un himno a la vida ha reemplazado los ayes de desolación y muerte, si aquí, en pequeño y bajo la mirada, está el bellísimo Parque de Palermo, pulmón de la ciudad, con sus calles asfaltadas, sus residencias magníficas, sus fuentes bulliciosas, y sus flores, y sus pájaros y sus niños? Ante la oposición para realizar el Parque de Palermo, fundada en que aquellas eran tierras pantanosas, Avellaneda contestó: "Justamente porque lo son, hay que hacer en ellas un lugar saludable y ameno". Saneamiento de los individuos, poniéndoles en condiciones físicas de luchar con éxito en el diario y rudo bregar; saneamiento espiritual, "prendiendo en las almas, como dice Paz Soldán, la chispa del ideal, y alzándolas sobre la vulgaridad cotidiana a fin de que sientan las emociones del bien", y permítaseme agregar, de la verdad de la justicia, en un ansia no interrumpida de superación.

Poblar, educar, fueron orientaciones que esta tierra de varones ejemplares señaló al Continente.

Durante cincuenta años, la higiene ha sido preferentemente lucha contra los gérmenes específicos de las enfermedades. Los diferentes congresos habidos en el mundo han tenido como ideario casi exclusivo, la defensa del hombre y de las sociedades contra las causas inmediatas de enfermedad y de muerte. Sin dejar en manera alguna de enfocar el problema de la conservación de la salud desde tal punto de vista, conviene entornar los ojos hacia aquel otro aspecto contemplado ya por Pasteur, cuando decía que en la génesis y evolución de las enfermedades juegan igual o parecido papel la semilla y el terreno; el agente animado y el sujeto. ¿Por qué en un mismo ambiente unos individuos adquieren la tuberculosis, por ejemplo, y otros no?; ¿por qué entre los primeros unos son víctimas tempranas de la enfermedad y otros paran el golpe?; ¿por qué una misma enfermedad no se ensaña por igual en todos los sujetos? Aparte ciertos factores ligados al medio geográfico: clima, humedad, presión; aparte factores biológicos individuales: herencia, inmunidad natural o adquirida, hay un hecho vulgar que influye en la recepción y proceso de las enfermedades: es la bien conocida menor resistencia del organismo en virtud de una alimentación insuficiente; de la vivienda malsana; de la carencia de abrigo; de la fatiga no compensada del cuerpo y del espíritu; de la ignorancia de los más elementales hábitos de higiene personal; de la falta de estímulos generosos que invitan a la vida, y la sobra de preocupaciones que la entenebrecen y acortan.

Las crisis económicas se reflejan en seguida en la curva de mortalidad y morbosidad aun de enfermedades que no pareciera estar tan directamente influenciadas por ellas. ¿Y no nos dice la brillante delegación estadounidense que la Pneumonia ha descendido no en virtud del progreso de la terapéutica, sino como consecuencia del mejoramiento de las condiciones de vida del país? Y Stiles ¿no constata que en una misma zona, la intensidad y gravedad de la anquilostomiasis está en razón directa de la pobreza de los moradores? ¿Y qué se diría, entonces, de la tuberculosis, la enfermedad más influenciada por la alimentación, la vivienda, el estado del espíritu y la higiene personal? Y cuando se repite la clásica frase de que no hay enfermos sino enfermedades, ¿no se está pregonando la supremacía del status orgánico en el proceso y modalidad de las dolencias?

El Estado no es ya más exclusivamente gendarme, de acuerdo con la vieja concepción de Kant. El Estado tiene numerosas otras funciones, consideradas ayer como accesorias y tenidas hoy como atributos inherentes a la vida del Estado.

El mejoramiento del standard de la vida de los ciudadanos no es cosa que puede encomendarse al azar, sino algo que reclama la intervención directa, constante e inteligente del Estado. Bendita sea esta Novena Conferencia, si de su seno brotan nuevas iniciativas que sirvan de estímulo a los gobiernos para proseguir la obra de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos. Bien hacen los gobiernos en dar facilidades a los deudores de los bancos del Estado para que conserven sus propiedades; y en dictar medidas para impedir el acaparamiento de tierras; y en legislar sobre el salario mínimo; y en alistarse para actuar resueltamente en materia de aseguros, campo virgen todavía. Sin la satisfacción de las necesidades primordiales del individuo, el andar de la bella Higía será siempre claudicante.

Todos los días se forman instituciones cuya intención es altamente generosa, pero que muy pronto degeneran en instituciones burocráticas, cuyo sostenimiento exige el aumento de impuestos. Yo no sé hasta qué punto valga la pena ampliar el número de organismos dichos de defensa social, si para mantenerlos precisa encarecer la vida. A la larga, ello conduce a aumentar los huéspedes de los hospitales y sanatorios; equivale a enfrascarse en las oscuridades de la medicina terapéutica, dejando de lado el campo despejado de la medicina preventiva. Comenzar, por ejemplo, la lucha contra la tuberculosos con el dispensario y el sanatorio, es comenzarla demasiado tarde.

Costa Rica aceptó complacida la invitación que se le hiciera para venir aquí. Rige los destinos de mi patria un hombre eminentemente comprensivo de los minutos que la humanidad vive. Las naciones no pueden encerrarse, por fuertes que sean, dentro del marco de su propia individualidad. Aunque diferente en los detalles, es para todas uno mismo el camino a recorrer: es el camino que conduce a la mayor suma de bienestar social dentro de la más absoluta autonomía. La higiene no es solamente política, sino alta política. Ningún gobierno sabría mirar con indiferencia sus problemas que son los problemas vitales del país. Es en las puras fuentes de la salud donde el hombre bebe a grandes sorbos la confianza en sí mismo; la capacidad para el trabajo; el deseo de servir; la devoción por el hogar y la patria; su ansia infinita de paz y libertad.

Además, el Congreso se celebra en la Argentina, país por el cual siente el nuestro admiración y simpatía profundas. Costa Rica, como el resto de América, tiene contraída con esta República una inmensa deuda, deuda espiritual y por lo tanto sólo pagable con moneda del espíritu, con gratitud. Si el gran Hipólito Unánue tiene derecho a ser aclamado como padre de la medicina americana, es un argentino, es Sarmiento, el apóstol de la cultura del Continente. La mentalidad argentina ha sido quizá la más abierta a las corrientes renovadoras de fuera, hasta formar su propia y gallarda arquitectura cultural, que generosa ha irradiado a los otros países de la latinidad americana. Del rico ideario argentino sacó buen provecho la patria mía. Nuestra ley general de educación, que democratiza la escuela declarándola laica, gratuita y obligatoria, fué inspirada en la similar vuestra. Para apreciar la magnitud de tal progreso, es preciso llevar el pensamiento doce lustros atrás, en que las ideas vivían acogotadas por la fuerza de la tradición y de los prejuicios políticos, sociales y religiosos. Y el alado entusiasmo de Sarmiento en favor de la escuela, llegó a mi patria y la saturó de firme optimismo. Levantar una escuela dondequiera que haya un grupo de niños, ha sido la preocupación fundamental de todos nuestros gobiernos. El renglón de educación ocupa el primer lugar en el presupuesto nacional. Mientras que en la Cartera de Guerra, que nosotros llamamos de Seguridad Pública, el gasto anual per cápita es de ₡ 0.84, el de educación oficial es de ₡ 8.21. Y aun la misma independencia de los países centroamericanos, llegada sin sangre ni dolor, obra fué, si no del filo de la espada, del reflejo del acero en manos de Hidalgo y de Morelos, de Bolívar y San Martín.

Evocar, es una manera de agradecer, y Costa Rica os evoca en forma pura y sincera: quinientas voces infantiles, en ritmos que brotan del corazón, entrelazan a diario en la Escuela República Argentina, edificio de recia y moderna arquitectura, las notas apacibles del himno de Costa Rica con las marciales notas del himno de vuestra patria.

Señor Presidente,
Señoras,
Señores:

Permitidme que os trasmita el saludo cordial de la más exigua de las Repúblicas del Continente; de 600.000 habitantes distribuídos en 50.000 kilómetros cuadrados de tierra fecunda, profusamente irrigada, que el sol mima con lo mejor de sus rayos, sin sofocarla jamás; y el saludo cordial de su mandatario, don Ricardo Jiménez Oreamuno, tres veces Presidente de la República, en períodos consecutivos, y cuya personalidad, como decía el ilustre rector de la Universidad de La Plata, don Joaquín V. González, al hablar de Sarmiento, "es como la corteza del árbol, que se adapta a todas las edades y crece y se vigoriza con el tiempo".

Salón Núñez

Pido la palabra...

= Carta de París. Febrero de 1935. =

Querido don Joaquín García Monge:

Leí en Ginebra—demasiado lejos para intervenir a tiempo—la carta que publica el **Repertorio**, de Alfredo A. Bianchi, suplicándole de no flaquear, cuando **Nosotros** va a cesar su publicación. Es ya lo único que nos queda, dice—y yo como **peninsular**—aunque andariego—le suplico lo mismo. Lo único que nos llega de América es el **Repertorio**, los grandes diarios están acaparados por la **United Press** y localismos de barrios, o naciones

Pero no basta con pedirle que mantenga la publicación del **Repertorio,** deberíamos de ayudar. Si todos los que recibimos, más o menos gratis cada semana, y por años, el **Repertorio**, nos esforzáramos en conseguir seis suscripciones—que las lograríamos—no haríamos más que corresponder al esfuerzo de usted.

Es verdad que le hemos canonizado, santo de la tijera y de la goma de pegar—porque usted hace los dos servicios de no dejar la tijera por la pluma —y de pegar escritos de otros en el telón semanal del **Repertorio.** Sin embargo, hasta a los santos los cuervos que graznan traían pan.

Lo que ocurre con el **Repertorio** es tan profundamente hispánico que hay que **declararlo** en público para corección, si es posible. Cada uno de nosotros piensa sólo en sí. ¡Se llama a esto individualismo! No; es falta de humanidad y además tontería. Ayudando a otros que van por el mismo camino nos ayudamos a nosotros mismos. El dejar a usted arreglárselas, solo (con el **Repertorio**) no le daña tanto a usted como nos daña a nosotros. Así fracasamos todos y cada uno. En tierras de gentes, no diré nórdicas sino solamente latinas como Francia y aun Italia, el que logra conseguir autoridad, posición, influencia, merecida o inmerecida, lo primero que busca es colaboración. Sabe que en negocios y todos los ramos de la actividad humana, el que más se encumbra es el que consigue asociarse con mayor número de humanos. Por esto no llamo yo a nuestro exclusivismo personalista —manifestación de individualismo — y consecuencia de nuestra "tremenda caracterización". Es ferocidad de bereber, de kabileño africano.

El caso del **Repertorio** prueba que nuestro desdén en cooperar es pobreza espiritual y no riqueza. El **Repertorio** no es un experimento. Hace diez y seis años que se publica y no tenemos nada, absolutamente nada, que reprocharle. Nadie ha propuesto una mejora. Todos queremos que siga como es: un mosaico del pensamiento de la raza en lo que va produciendo, cada día, y sólo lo mejor. No recoge chismes literarios, no publica **nadiñas** de fronteras para adentro.

¿Por qué, pues, abandonamos al Santo de las tijeras? Porque somos necios, miopes, sin el sentido que tienen hasta los cuervos.

Yo desearía, querido don Joaquín, que usted me hiciera el favor de publicar esta carta sin quitar nada Ya se que su pudor va a sufrir. Otro defecto nuestro que se ha llamado virtud. ¡Nunca pedir! Rehusar auxilio cuando no viene espontáneamente. Pero no pide solo el mendigo. Hay que reclamar lo que nos toca! Piense que no tendrá perdón si por su excesiva modestia, caballerosidad, generosidad, etc., etc., etc., deja algún día de publicarse el **Repertorio** por faltar don Joaquín o por faltarle **plata**, como dicen ustedes.

Muy suyo y agradecido,

José Pijoán

La evocación local española en "La Celestina"

Por ENRIQUE MACAYA LAHMANN

Colaboración.—Alajuela, C. R. Febrero 15 de 1935

A *León Pacheco*, gran conocedor de las letras de España y de Francia.

¿En qué lugar de España se desarrolla la acción de "La Celestina"? La opinión al respecto está lejos de ser acorde. Hay quienes las sitúan, indistintamente, en Salamanca, en Toledo y en Sevilla.

Nada sabemos de las intenciones concretas de Fernando de Rojas; la sola evidencia posible que podría traernos alguna luz sobre el problema, brota del texto mismo de su obra. Algunas referencias y citas fugaces a cosas de España, de su geografía urbana y de sus costumbres. Helas aquí.

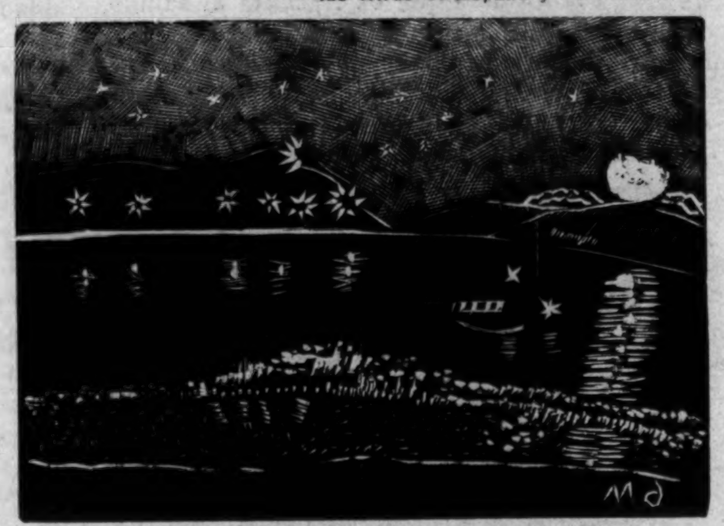
Hay dos citas que se repiten con bastante insistencia, cuatro veces cada una. La primera, se refiere a la casa de Celestina, situada "allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río" (1). La segunda, hace mención a una iglesia de la Magdalena (2). Las otras referencias, menos concretas, son: ciertas clases de vinos: de Monviedro (3); de Luque, Toro, Madrigal, y San Martín (4); la llegada de un embajador francés (5); una calle llamada del Arcediano (6); los frailes de Guadalupe (7); un cura de San Miguel (8); un tal Mollejar el hortelano (9); otra calle llamada del Vicario Gordo (10); finalmente, hay una cita a la fiesta nacional española (11). Es esta toda la paleta de colorido local que luce "La Celestina"; muy pobre desde luego, para una obra tan extensa y realista, en la que el señor Ballesteros y Barreta quiere ver "un libro indispensable para conocer la vida desordenada de entonces" (12).

Con este escasísimo material informativo se ha tratado de localizar el lugar de la acción de la tragicomedia. Se han sostenido tres tesis principales al respecto: la de Salamanca, la de Toledo y la de Sevilla.

La salmantina ha encontrado su principal vocero en la egregia figura de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Se basa, principalmente, en algunas evidencias internas, es decir, sacadas del texto mismo del libro, así como también, en numerosas referencias tradicionales e históricas, que aluden a la obra de Rojas y a su heroína, como cosas de reconocida estirpe salamantina (15).

Foulché-Delbosc, es el porta-voz del partido que está por Toledo. "Car l'action de la Célestine ne se passe plus a Salamanque qu'á Seville; elle se passe á Toléde, seule ville d'Espagne réunisant les conditions topographiques conformes aux donnéеs du livre (nótese desde un principio, ese dogmatismo intransigente, tan peculiar a las opiniones de este crítico francés): Toléde a un fleuve important auquel on n'accéde que par une descente assez sensible, Toléde avait des tanneries situées précisement "a la cuesta del río", Toléde avait une paroisse de "la Magdalena". L'identificacion est hors de doute" (14).

A su vez, don Marcelino observa la imposibilidad de poder colocar en Toledo, los navíos de que habla Celestina,



En Puntarenas

Madera de *Max Jiménez*

pues el Tajo no era río navegable entonces (15).

Nosotros agregaremos otra referencia contenida en "La Celestina", que contradice la tesis toledana: en el último acto, al lamentarse Pleberio de la muerte de su hija, dice: "¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos?" Esto implica que Pleberio era un armador, oficio difícil, sino imposible, de ejercer en Toledo o en Salamanca. Más bien colabora a la tesis sevillana de Blanco White, como ya tendremos ocasión de ver luego. El punto débil de la argumentación de Foulché-Delbosc, está en que la mayoría de sus argumentos, se pueden aplicar indiferentemente en favor de ambas ciudades, Toledo y Salamanca. Tenerías y río importante con una pendiente hacia la ciudad, también existen en Salamanca, y en lo que se refiere a la iglesia de la Magdalena, existía otra en la célebre ciudad universitaria, que hemos visto citada en el "Lazarillo de Tormes" (tratado primero) y en el Quijote, aunque todavia no hemos podido indagar sobre la fecha exacta de su construcción, para el debido cotejo histórico.

Finalmente, sostuvo la tesis sevillana el canónigo Blanco White (16). Se funda en los ya mencionados navíos de que habla Melibea, referencia indudable a un río navegable, que para él, es el Guadalquiver. Una frase de Pleberio, a la que hemos hecho referencia antes, nos parece dar más fuerza a esta opinión, bastante dudosa, sin embargo, como sus hermanas, las dos anteriores.

Leyendo algunos documentos referentes a Fernando de Rojas, publicados por el señor Valle Lersundi en la "Revista de Fología Española" (17), nos hemos encontrado con una tal "guerta de Mollejas", que al parecer poseía la familia de Rojas en la Puebla de Montalbán, cuna del ilustre Fernando. El primero de estos documentos alude a un pleito establecido por el nieto del autor de "La Celestina", Hernando de Rojas, en contra "del fiscal y consejo de la villa de Talavera sobre probanza (de hidalguía) ad perpetuam". De los cuatro testigos presentados por el interesado, tres de ellos hacen referencia a dicha huerta, propiedad de la familia de Rojas. El primero atribuye tal propiedad al hijo del autor de la tragicomedia, Francisco de Rojas, padre, a su vez, del demandante: "que hera vecino de dicha villa de Talavera y tenía en la dicha villa de la Puebla de Montalbán, ciertos vienes raíces, especialmente **una guerta que llaman la guerta de Mollegas** y un majuelo al pago que llaman de la Cumbre" (18). El segundo testigo hace referencia a la misma huerta, aunque sin adjudicarle nombre particular alguno y da de nuevo como propietario, al mismo Francisco de Rojas, hijo del ilustre escritor: "Francisco de Rojas yba algunas veces a la dicha villa de la Puebla de Montalbán a ver sus vienes y hacienda que tenía en la dicha villa, que tenía casa y **guerta** y majuelos..." (19). El tercer testigo adjudica la propiedad al mismo Fernando de Rojas y ya no a su hijo: "...el susodicho bachiller Fernando de Rojas fué de la dicha villa de la Puebla y dexó en ella sus casas y **una guerta, que llaman la guerta de Moblejas...**" (20). Dos de los declarantes dan nombre concreto a la popiedad de la familia de Rojas, aunque con una pequeña variante ortográfica, que podríamos muy bien atribuir a un error de copia, o bien a la inseguridad ortográfica que aun existía en esos tiempos. Ahora bien, "La Celestina" se refiere a un tal "Mollejar el hortelano" (21), y la "Segunda Celestina", probablemente copiando a Rojas, hace mención del mismo personaje (22), quien se dice ser el abuelo de Pandulfo, el escudero fanfarrón de la comedia. La única diferencia entre ambos nombres, es la de una r, que se ha trocado por una s.

En el mismo documento, el cuarto declarante se refiere a la "yglesia de San Miguel", sita en la misma villa de Montalbán (23), donde dice estar enterrado Garci González Ponce de Rojas, padre de nuestro Fernando. En "La Celestina" encontramos también una alusión a un "cura de San Miguel" (24).

Tomando en cuenta estas coincidencias se podría formular una nueva tesis sobre el lugar de acción de "La Celestina", la de la Puebla de Montalbán. Es decir, que nuestras observaciones, en lugar de aclarar el problema, lo complican aún más.

Lo lógico es suponer que Rojas, al escribir su obra, no tuviera en mente, ninguna ciudad concreta, ni española ni extranjera. Así lo creía don Marcelino, a pesar de haber defendido con convicción la tesis salamantina: "¿Y por qué una ciudad determinada? ¿No pudo crear (Rojas), como suelen hacer los novelistas, una ciudad ideal, con remi-

Del homenaje colombiano a Jaime Barrera Parra

= Tomado de *El Tiempo*.—Bogota. =

1

Una vez invitaba a Jaime Barrera, con la voz de mi poema, bajo el aroma del aguardiente: Compadre! palabra que aprendí en la noche de la venta santandereana, camino del Socorro donde hay banderas rojas y corazones revolucionarios. Le invitaba sobre el ardiente rumbo de las horas del trópico al viaje lírico. Ibamos a seguir un itinerario de vereda y de pueblos para aprender la geografía emocional de Colombia, la nuestra, mestiza y sexual, campesina, madrugadora y alegre, vestida como moza indígena con faldellín de colores, con sus senos frutales y sus dientes de maíz tierno.

Jaime amaba estas cosas de nuestra tierra más que ninguno. Por eso amó a Tulio Varón el guerrillero, y aprendió los versos de aquel poema en elogio del aguardiente, que escribió quien estaba ardido en su corazón por los soles del Tolima y embriagado en su alma por los ojos de las cigarreras de Ambalema.

2

Era alto, feo y triste y caminaba con ese desgarbado movimiento inseguro y torpe de los campesinos de la montaña santandereana, cuyo pie no conoce el alivio de los planos ni la despejada ruta de los valles. El pie santandereano anda rindiendo cisuras y esquivando vórtices.

Pero a la orilla de nuestras copas— aquellas verdes copas de mistela en cuyo corazón de miel brilla la esmeralda de la seda tropical—sus ojos niños se humedecían cuando los tiples hacían flotar esa vaga y tierna melancolía de las guabinas, que se levanta sobre el campo como una pequeña nube de madrugada.

Jaime Barrera Parra me acompañó en todos mis viajes a través de la canción del trópico. Ibamos por los caminos abiertos de aquella juvenil expedición a la reconquista de la tierra: éramos Jaime, Eduardo Zalamea, Arturo Camacho Ramírez, Darío Achury, Rafael Azula y yo. De aquella travesía hacia la literatura nacional, ajena al macedonio afán europeizante, quedaron sus páginas, una novela goajira que es la mayor contribución de las últimas generaciones a la novela americana, un libro de versos de Camacho Ramírez y cuatro poemas de Darío Samper que cantan los ríos, las mujeres, la guerra y las frutas de tierra caliente.

3

Ahora él ha regresado definitivamente a la tierra y allí está con su canción muda bajo las flores campesinas de la cordillera antioqueña. Su corazón se alimenta como un grano maduro con la frescura de la montaña a la que siempre permaneció fiel y sigue palpitando en la noche, corazón niño y aventurero, simple y lírico, como una pequeña fuente que se desangra sobre las secas hierbas de verano.

Darío Samper



Jaime Barrera Parra
Murió trágicamente el 28 de enero de 1935 en Medellín, al desplomarse el cielo raso del Teatro "Alcazar"

Mi querido Jaime:

Si supieras la dureza de golpe que yo recibí ayer de mañana, cuando al abrir el diario allá en el pueblo donde suelo pasar las noches, dí con tu retrato y el de tu esposa, y cómo el engaño vendó por un momento mis ojos, creyendo que se trataba de tu viaje a Italia, y de la realización de nuestros sueños, de andar un día con ella y con tus hijos por las tierras escarpadas de Serbia, esa prolongación de nuestros dos Santanderes, en donde todo es igual a lo que tú hiciste inmortal con tu pluma tan ágil y pujante.

¡Cómo nos has dejado a todos tus compañeros de "El Tiempo"...!

Ninguno acierta hoy a decir nada. Quizá eso es el mejor homenaje a tu memoria. Nosotros que siempre tenemos tan fácil la palabra que ha de echar sobre todo un velo de olvido, ahora estamos como aturdidos por el golpe y nada podemos decir.

Pero sobre la mesa de mi estudio, está la obra inmortal de Marcial que te iba a enviar como regalo de viaje. No sé por qué en los días de tus bodas, escogí este libro para que te sirviera de compañero en la travesía.

Lo escogí únicamente por el prólogo, porque en él había mucho de tu vida. Habías encontrado en tu áspero camino de los últimos tiempos tu Marcela salvadora, y sentía la satisfacción de verte libertado.

Muchas veces se lo había dicho a Enrique Santos :

—Tenemos que libertar a Jaime.

Y Enrique, el hombre escéptico, que se conmueve también tan profundamente, me respondió un día, cuando ya estaba aprestándose para ir en busca de otros cielos en donde apacentar su talento:

—No lo dejaré ni un día más aquí.

Pero lo que realizábamos los que tanto te queríamos, no tenía nada qué ver con la acechanza de un hado inconsciente.

Y por eso la brutalidad de nuestra sorpresa, y el descontento que nos invade al pensar que tu vida se truncó sin la grandeza que merecías.

Muchas manos duras y curtidas por los soles del trópico en los dos Santanderes, estarán ahora temblorosas, sosteniendo el periódico que lleva la triste nueva, y leyendo la tragedia al través de unas lágrimas de dolor y de rabia.

Porque tu obra era la vida de todos ellos. Cuando se hablaba de sus durezas y de sus fieras luchas de partido, tú hacías la oración de la raza, que les hizo hinchar el corazón, y los llamabas a la vida nueva.

Nadie sabe de cuánto sirvieron tus nobles frases pronunciadas en el teatro de Bucaramanga, en un día en que todas las pasiones se habían desencadenado sobre los cerros duros de esas tierras y se pagaba con la vida el solo hecho de no pensar como los demás.

Llevaste hasta ellos una voz de hu-

Notas del Week-end

Por JAIME BARRERA PARRA

= Sacadas de *El Tiempo*. Bogotá =

LA CANCION DE LOS NIÑOS

Fuera de programa, como todas la escenas que tienen alguna importancia en la vida de los hombres de Estado, se efectuó ayer una manifestación infantil al doctor Olaya Herrera. Cuatrocientos niños de la alta sociedad bogotana, cantando un himno patriótico sobre la melodía criolla de "El Guatecano", visitaron al futuro presidente de la República. Eran pequeños hombres de 2 a 7 años. Algunos de ellos firmaron una adhesión al repúblico; otros, los más pequeños, se contentaron con vivarlo. El doctor Olaya Herrera, que tiene ganada una fama de frío, sintió que algo se le anudaba en la garganta: era el recuerdo de sus hijos. Todas esas cabecitas locas le daban la sensación material de otras cabezas sobre las cuales, en el transcurso de los lentos años, el hombre frío ha llorado de amor y de dicha.

No se trataba de un acto político sino de una bella demostración social. Toda esa carne nueva dispuesta para los festines y los sacrificios de la vida, toda esa luz de los ojos inocentes, todo ese temblor de las gargantas que no se han envilecido con la acritud ni con el odio, todo ese avance de una generación que apenas despunta, le llevaban al patriota y al estadista canciones y rosas.

Eso fué todo: rosas y canciones. Esos niños cantaban bajo la melodía primaria de los aires natales de la fragante Boyacá que

(Pasa a la página 139)

manidad, y les diste la noción de que también podían salir al camino de la vida plácida a recibir un sol de justicia. Nuestro proyecto de viaje a Serbia ha quedado trunco por la mano de la fatalidad. Hubiéramos podido con él sincerar muchas cosas nuestras y sentir que no somos solos en el mundo. Que también en esa tierra tan lejana, hay hombres de cara aguileña, que ofrecen la vida por cualquier cosa y que se apiadan de los demás como si fueran niños.

Lo que más me duele es que no te hubiera sido dado luchar contra tu destino oscuro y burdo. Porque tu contextura era para morir en pie y para caer de una manera erguida. Eso me duele en el fondo de mi alma, de mi alma santandereana, que quisiera siempre que ciertos hijos de la tierra mía fueran llorando entre los claros de las narraciones heroicas, cuando se rememoran las hazañas, y se evocan también las horas duras de la lucha.

No lo quiso así el hado, y te llevó con muchos seres inocentes de la fatalidad que los aguardaba, hundiendo a la gran ciudad hospitalaria que te había dado el nuevo sendero de vida, en un dolor que nos alcanza a todos.

Joaquín Quijano Mantilla

Bogotá, enero de 1935.

Bajo una impresión de horror y de dolor, pasada la media noche, recibimos la noticia de que Jaime ha muerto. Jaime Barrera Parra, el amigo queridísimo ante todo, aplastado bajo el techo de un teatro que se derrumba! Jamás pasó por su imaginación, muy dada a conjeturar situaciones acerca del final de la vida, ese género de muerte. El tenía empuje y figura para caer en un combate, hecha vapor por el fuego del arrojo su sangre santandereana. Se adivina su grito casi bárbaro, lleno de júbilo por la acción gloriosa, al clavar en la frontera la bandera de la patria. O hubiera muerto frente a otro hombre, cara a cara, en un arrogante desafío por sus ideas, liberal hasta la médula, o por defender, como Cyrano, la belleza de un poema, la gracia de una canción, la divinidad de una sonrisa. Pero no, jamás, bajo el barro reseco, bajo los adoquines de una construcción defectuosa.

Sin embargo, así murió. Nadie escoge su muerte ni su hora. Porque Jaime cae en el momento en que toda su mente, en que todo su cuerpo, en que todos sus sueños eran un salmo de gratitud y de entusiasmo a la vida. Acababa de entrar al florecido jardín que las manos del amor habían sembrado, enloquecido él por la virtud, por la dulzura, por la inteligencia, por los ojos de su compañera. Vivía la luna de miel, que su lealtad anhelaba prolongar hasta la hora vespertina de los cabellos blancos. Para entonces almacenaba emociones y recuerdos. Era el hombre fundamentalmente de hogar, que al perder a su esposa y quedar con tres niños, como un leño que la tormenta implacable llevaba en todas direcciones, llegó a pensar con aparente serenidad en el suicidio. Años de tristeza, años de abandono, hasta que un día, en un viaje ocasional a Medellín, Dios se le mostró y prendió de nuevo la llama del amor ante la hechizante mujer que supo comprenderlo Reanudó la canción y se sintió con alas. La vida, otra vez risueña, se le mostraba tan límpida y tan fácil!

Acababa de ser nombrado cónsul en Europa. Se aprestaba a partir, de regreso a los veinte años en la ilusión, con la esperanza de encontrar lo que en su primera juventud había dejado. Conocía todos los puertos, había bebido todos los vinos, había leído todos los libros, había vivido todas las aventuras. Nada del mundo le era desconocido. De su visión panorámica trajo el sentido del bazar, la frase rica, la comparación rutilante, la curiosa manera de asociar ideas que hizo su estilo inconfundible. Ahora iba a repasar sus visiones, en la jugosa madurez, con una agilidad mental en que pocos lo igualaban, reflexivo ya, pero con maravillosas horas de locura, con encantadores caprichos, y llevando del brazo a la deidad ante la cual su espíritu estaba de rodillas. Ciudades de hechicería, golfos azules, ríos sembrados de leyendas y castillos, obras de arte en los museos deslumbradores, música ensoñadora, aviones para entrarse al cielo, góndolas para sentir el arrullo de la vida, y todo con ella al lado y con ella en el corazón, para que súbitamente la cal y la arena del final reposo cayeran sobre el idilio, sobre el arrullo, sobre la existencia misma, y lo taparan y lo extinguieran todo. La vida es cotidiana!, habría repetido Jaime con el francés pesimista. Y habría dicho cotidiana por no decir estúpida.

Jaime ya no es. Jaime se fué sin escuchar la hora, que generalmente se anuncia por trece campanazos. Cuando doce han sonado se aproxima la muerte. En sus brazos se oye el décimo tercero, que es el agorero, que es el que trae el frío y el sudario y el sepulturero y el hoyo. No debió sentir nada. De la infinita suavidad al lado de ella, el vuelo repentino a las nubes. Allá ha debido abrir los ojos sin darse todavía cuenta de lo que le ha pasado. Muerte feliz quizá, a pesar del horror que prende en la imaginación la noticia. Pero muerte inmerecida, cobarde, cruel para el luchador que era él, tan amigo de pelear todas las batallas bravas: Era el santandereano típico: bueno hasta la entraña y exaltado hasta la desesperación, hasta el disparo, hasta la muerte por combustión, por explosión, menos por aplastamiento. Y era el hombre que bajo la ruda corteza no había dejado perecer al niño.

Jaime era un niño grande, en sus entusiasmos, en sus gustos, en su bondad, en su énfasis. Como escritor sabía preparar el jugo de cantáridas y el agua lustral y lo que Shakespeare llamaba la leche de la ternura humana. Nadie como él para adivinar lo recóndito, ni para resumir en una frase honda, de apariencia sencilla, todo lo que salta de la emoción, amarga o placentera, porque si sus comentarios eran risas, sus palabras de duelo, de compasión, eran lágrimas. Se presentaba el conflicto y él gritaba: ¡Fuego! Terminaba el conflicflicto y era él quien primero llegaba con el bálsamo y las gasas. Sabía herir, pero sabía abrazar. No cultivaba las pasiones. Jocosas eran sus apreciaciones sobre la política, pero mortales. Veía el lado ridículo de la farsa, de la agitación, y lo mostraba en sus espejos. Eran convexos y cóncavos. Nadie como él tan enemigo de lo plano, de lo que pasa por sensatez o por mediocridad, que en este mundo raro viene a ser lo mismo.

Páginas suyas hay de antología, cantos a su raza que perdurarán, frases de terciopelo y frases de estopa, para la caricia o para el incendio, llenas todas de esa sustancia que no tiene nombre pero que es el "quid divinum" de un escritor de raza. Reía de la gramática y del atildamiento. Inventaba vocablos. Y escribía con rapidez su prosa suelta, de colores alegres, sápida, como gustaba decir, de una profundidad a veces que se diría de inspirado. Se sorprendía después de la impresión que producía. Cuando un día, en ausencia suya, los compañeros que en esta casa lo sabíamos querer con toda el alma quisimos expresar nuestra satisfacción por la aparición de su primer libro, y le dedicamos un número del suplemento literario a guisa de homenaje, su gratitud balbuceaba. No hallaba la manera de decir su complacencia y su sorpresa. Algún chiste disimulaba su emoción. Por dentro, el hombre bueno lloraba.

Una falta inmedible hará Jaime Barrera en el periodismo colombiano. Su nombre era tan popular aquí como en Medellín, en Barranquilla o en Bucaramanga. Estas cuatro ciudades de su vida, a las que amó con frenesí, tendrán que ponerles crespones a sus escudos respectivos. Antioquia fué cantada por él en poética prosa como no lo ha hecho ninguno de los nacidos fuera de su suelo. El escritor de veta nacionalista tan profunda y tan ancha, habló bien siempre de los lugares en donde estuvo. Los quería porque se hacía querer. En él todo era sencillez, generosidad, bondad, que se revelaba principalmente en los estados en que otros hombres se muestran agresivos. Emilio Murillo, que suele tener iluminaciones para esos apodos que pone y que son síntesis, lo llamaba Don Bosco.

Falta inmedible le hará Jaime Barrera Parra al periodismo colombiano, pero mayor será la que sentiremos nosotros por la ausencia del amigo. Lealtad y franqueza santandereanas las suyas, co-

mo complemento del valor personal y de la simpatía! Parecía hosco. Era tímido. Una vez roto el hielo, era una cascada de comparaciones ingeniosas, de agudezas, de frases que hacían pensar. Y llevaba la amistd hasta batirse por el ausente ofendido en su presencia o hasta sacrificarse por evitarle un quebranto. Quería a los suyos con ardor. Y era querido por ellos, y por todos en la forma a que se hacen acreedores los que pasan por la vida sin hiel en el alma, regando la semilla del compañerismo y del afecto. En este dolor que nos causa la noticia increíble, cuando todavía no acertamos a darnos cuenta de lo que hemos perdido, no podemos decirles a los suyos una palabra que medianamente indique la intensidad con que por etapas, como sometidos a diferentes presiones, estamos sintiendo la dureza del golpe. A todos los confundimos en un abrazo estrecho, para significarles que al decir "los suyos" nos metemos entre ellos, haciendo varoniles esfuerzos por detener el sollozo.

L. E. Nieto Caballero

Notas del Week...

(Viene de la página 137)

mecieron la cuna y alborotaron la infancia de Enrique Olaya Herrera. Era como una bocanada de la tierra nativa, como la respiración de la gleba materna. En medio de toda esa chiquillería, lujo y voto de una sociedad que se renueva en retoños dorados, el político de la serenidad sajona sintió que los ojos se mojaban de lágrimas...

Sobraba toda palabra. El silencio mordía la escena y se iba haciendo música. Los niños cantan. Eran los aires de la tierra que en su vuelo tranquilo portaban el mensaje cordial del grande almácigo humano del cual nació a la vida, a la acción y a la lucha el ilustre hijo de Guateque.

La música de Emilio Murillo pasó como una caricia sobre la frente del hombre rubio, le nubló los ojos, vertió sobre el corazón el recuerdo de los días primeros. Olaya Herrera tuvo una infancia que conoció las fértiles penurias donde la voluntad, como un león, se nutre de sus propias carnes.

Desde Washington hasta Bogotá él había visto las multitudes en delirio. Miles y cien miles de pechos bravos, de melenas revueltas, de puños resueltos se alzaban a su paso para aclamarlo. El hombre frío no parpadeó una sola vez ante ese mar de ciudadanos. Pero "esto" era otra cosa. Era superior a sus fuerzas, a sus reservas nerviosas, a sus programas de control.

Cuatrocientos niños cantaban... cantaban las voces augustas y sencillas del paisaje materno, se hacían miel y se hacían tristeza. El hombre rubio y fuerte, capaz de decidir en cinco minutos una situación política o una ardua cuestión de derecho, empezó a llorar...

Los niños cantaban...

EL SANDINO DE BAGARIA

El lápiz mordaz de Bargaria, hecho a las circuncisionees de la política internacional y a la vida circunfleja del vivir español, ha estampadc en esta vez la figura de Augusto Sandino, el guerrillero.

De retorno a la faena agraria, dejando atrás los soles epicos, la carabina y el trabuco, el héroe de Jinotega, caballero en un dulce jamelgo, entabla el diálogo con las fuerzas serenas y engañosas de la égloga. Sobre la cara ruda, como sobre un tambor de cuero, repica la gracia del campo. Sobre las manos avispadas la luz tira guantes de seda. Sobre el sombrero roto, que aun lleva olor a humo, se cierne el perfume de mil hierbas balsámicas.

El siglo de Ford es impropicio para la hazaña. Sobre los volcanes patéticos de Centro América ya no vuelan los cóndores, que ahora rastrean en los valles dulces, asustados ante la irrupción del aeroplano.

Sandino, derrotado y solo, entiende al fin la enseñanza del siglo. Un sollozo le hace estallar el cinturón de cápsulas. Sobre el pecho viril rueda una lágrima de vitriolo, luego, con la mano flaca, espanta el hilo húmedo y caliente. Por el camino tembloroso de música matinal, pasa un caballo, como escapado de la mansa vida de San Isidro. El guerrero lo llama y la bestia viene hacia él. Canta un gorrión sobre la escena. Ahora caballo y caballero forman un solo grupo, que trota hacia el campo, hacia la labranza, hacia la choza que se enreda al cielo con el humo de la chimenea. En el umbral de la cabaña una mujer espera al héroe.

Sandino desaparece, devorado por la naturaleza.

UNA PEQUEÑA INVECTIVA AL CHALECO

El mayor argumento que puede esgrimirse contra el turmequé, nos decía ayer un distinguido sportman, es que habitualmente hay que jugarlo en mangas de chaleco.

Como no alcanzáramos a entender la fuerza de la argumentación, nuestro amigo nos hizo una pequeña homilía.

—El chaleco, dijo, es una prenda de vestir rigurosamente íntima. En rigor de verdad es subsidiaria de la americana. En tal virtud un hombre en mangas de chaleco es una caricatura de hombre. Da la impresión de un híbrido, de una pobre bestia inclasificable, evadida de una fauna desconocida. Un hombre desnudo da la impresión de una fuerza bruta, como la de un volcán. El ministro que va de levita a inaugurar el busto del héroe arrastra consigo la dignidad de una civilización que ha hecho de la sastrería su mayor aliada. El sastre es un creador de riqueza porque valoriza la anatomía humana socializando el "eterno esqueleto" de que hablaba Barbusse. La camisa es púdica, el delantal y la blusa son dramáticos e ilustran el ambiente de las revoluciones. El sweater es mórbido y da la sensación de una cultura friolenta, pero en los campos de foot ball se redime de esa aureola y le da al jugador una virilidad complementaria. Pero el chaleco... El chaleco solo, impúdicamente exhibido sobre la camisa, es el símbolo completo de la barbarie. En la época de Théophile Gautier se pusieron de moda unos chalecos estridentes. El terciopelo vino así a cubrir el vientre de los poetas. Parecían uno de esos gusanos decorativos que ilustran la Enciclopedia Espasa. Al escampar el chaparrón romántico, todos esos corseles cromáticos perdieron su fuerza. Andan por ahí en el bric-a-brac de los museos. A pesar de carecer de brazos, son organismos esencialmente declamatorios...

Entre nosotros las mangas de chaleco pudieran representar a cabalidad toda la fisonomía pintoresca de nuestro cachaco de pueblo. Mientras el turmequé no recurra al sastre para la confección de un vestido propio, o bien prescinda del chaleco con perfecto desdén por el pneumococo, el juego nacional será un espectáculo ridículo. Sus equipos darán una impresión de náufragos.

Habría otras apropiaciones metafóricas que hacer sobre la materia. En la política, en la literatura y en el arte existen también las mangas de chaleco. Se llaman Sótero Peñuela, Enrique Wenceslao Fernández, dos o tres pintamonas de cuyo nombre no quiero acordarme.

Y terminó así nuestro amigo, el sportman:

"Manco, jocoso, inacabado, medio profiláctico y servicial, camarada de los catarros, amigo de los fósforos y de las monedas de níquel, carente de toda dignidad, el chaleco es un organismo bufón que exige la noble protección de las solapas".

CUENTOS DE ANDERSEN

La Dinamarca azul y lejana celebra el 125 aniversario de Andersen. Rigurosamente esta conmemoración debería carecer de frontera porque el cuentista de los niños es una figura universal.

Los cuentos de Andersen, como los bombones, se han hecho para los niños, pero es una cosa averiguada que los aprovechan los papás. El amor por el dulce y el amor por los cuentos se afianzan en el hombre después de los cincuenta años y es que tanto los relatos como las golosinas son, antes que otra cosa, elementos de calefacción. Cuando las primeras friolencias del otoño humano sacuden el espíritu se trata de hacer el retorno a la infancia.

La glorificación de Andersen es más que oportuna en esta época en que ha hecho crisis el cuento infantil. Tal vez si se exceptúa a Inglaterra, el mundo de los párvulos carece de una literatura específica. Y hay algo más siniestro todavía: ciertas grandes empresas de radio se encargan de facilitar un servicio de cuentos para dormir los niños. Queda así suprimida la abuela con toda la emoción dramática del cuadro familiar. El alto parlante embrutecerá a los pequeños hombres con las aventuras de Fritzi Ritz y de Joe Jinks, preparándolos para la barbarie del box y para los "movies".

Entre nosotros, desaparecido don Rafael Pombo, no nos queda un sólo fabulista. Nuestros muchachos hacen su prólogo de literatura con folletones policíacos y zurdas propagandas de Hollywood. Una infancia así, intervenida por el detective y por la estrella

(Pasa a la página siguiente)

El faro

= Colaboración. Texto e ilustración =



Una tarde vendrá, y me dará la mano,
una tarde vendrá, y ha de decirme: anciano.
Como el faro del puerto
que tiende hilo a los barcos, desde su ovillo rojo
que guiña en las tinieblas incesante su ojo,
y que amanece muerto.

Y mi alma irá a las playas a lavarse en resaca,
y llegará a la quilla del barco que no atraca
en el fondo del mar.
El barco ya agobiado que se entregó a las olas;
los barcos son suicidas como las almas solas,
el fondo es descansar

Y subiré hasta el vuelo de una nube desierta,
y sabré que es el resto de una mujer muerta,
que se murió de amar.
El cuerpo es el nido del ave que ha volado;
cada nube es el alma de un amor cortado,
que llora sobre el mar.

MAX JIMENEZ

Puntarenas, Costa Rica, Febrero, 1935

Notas del Week...

(Viene de la página anterior)

cinematográfica, carece de su paisaje natal y predispone a la prehombría, que es la negación misma de la niñez.

Mientras la ciencia no haya arruinado del todo la poesía natural de la vida, los cuentos de hadas refrescarán el corazón de la humanidad, como el húmedo musgo de una cueva mágica. Los cuentos de Hans Cristian Andersen, como las pompas de jabón, encierran toda la luz del universo.

LA DECADENCIA DE LA LUNA

Al celebrarse el primer centenario del romanticismo los grandes críticos no han podido encontrar una definición exacta del fenómeno romántico. Han sido los comentaristas menores quienes han facilitado, por medio de imágenes redondas, una apreciación menos furtiva del problema.

Parece que una de las conclusiones más aceptadas por los escritores del momento actual, es la que se refiere a la influencia lunar sobre la generación de 1830. Una vez edificada esa conclusión, se ha levantado una requisitoria formal a la luna.

Un joven poeta modernista iba a proponer que se le asesinara. Podemos reconstruir su alegato:

"Los románticos—dijo—no fueron sino unos alunados. El descubrimiento de la luna está ligado íntimamente a la educación nerviosa de los cantores que antecedieron al simbolismo. Toda la inmensa cantidad de cloro que espeja en los poemas de Musset y de Hugo, todo el hipo elegíaco que sacudió el pecho de Alfredo de Vigny, no son sino efectos suyos. La luna del Treinta no fué un astro, fué algo más que eso: fué una cátedra. Se hizo amiga del sepulturero e hizo del cementerio de aldea un club de suicidas. Se confabuló con la rama, con el buho y con el ciprés para asustar y envilecer al hombre. Se metió, como una sabandija, dentro de la botella de aguardiente y de allí salió convertida en poemas. Se hizo adular por los troveros y regó su harina traidora sobre los ojos de los enamorados. Ejercitó su despotismo en forma tal que podemos imaginarnos a medio siglo xix como una gran alameda nocturna regada por el flujo lunar. "El Amor Imposible" fué una invención suya y con ella diezmó la población de la tierra, que ya no pensaba sino en morir. Ninguno de los grandes azotes bíblicos le ha causado a la humanidad desastres semejantes. La luna debe ser ahorcada en un poste y su cadáver debe ser exhibido como el de un bandolero". Insensible al agravio de este moderno Fouquier Tinville, la luna le arrojó un bodoque de luz sobre las narices y le dió un jocoso aspecto de payaso. Al firmar su requisitoria le temblaba el pulso como si se hubiera embriagado de vinos dulces. Sintió que el corazón le flaqueaba y quiso respirar el aire del campo. Como en el poema de Silva, el plenilunio desataba sus lácteas madejas. Una rana croaba. El poeta modernista se sentía enfermo de una vaga enfermedad literaria.

—Al fin y al cabo, dijo, la luna es un dón de la naturaleza. Hay que dejarla que se ponga en ridículo.

Y, como acosado por una fuerza biológica, se metió en una taberna donde unos borrachos recitaban versos de Julio Flores.

Voz y grito

= Colaboración.—San José, Costa Rica =

El brazo de todos sus árboles
me ha conservado fiel su rama.
¡Dónde pudiera descansar
mi corazón, de sus montañas!

(Pastan inmóviles ganados.
La gran rosa de la mañana
arde sobre ellos, y los frutos
como dulce pólvora estallan).

Suelo de mis primeras voces
y de mis únicas palabras.
—¡Raíces que enterró mi ombligo!—
lejos de ti duele la infancia.

Ojos de todas sus estrellas.
Ojos de todas sus cabañas.
¡Dónde pudiera descansar
mi corazón, de su mirada!

Adentro de mi vida tengo
la música de recordarla.
Los pájaros que me escoltaron,
las manos que me desataban.
Y las palomas de ese tiempo
ahora como degolladas.

(Mujeres en los patios blancos
la luna de maíz amasan.
Mujeres en los patios blancos
cantan, bajo la luna blanca.
Y un espantoso amor copula
en el vientre de las guitarras.
—Pero mi adolescencia ardía,
blanca de la mujer encontrada).

Ella lanzándome sus islas.
Manos buscándome, sus playas.
Hecha mi carne de su tierra,
huele a la tierra de la patria.

He detenido los caminos
para gritar de esta ventana.
Voces me das, que son las mías.
Te veo en mí y en mí te llamas.
¡Y este sabor de mis raíces
que se me sube a nostalgia!

La noche en que habré de morir
me irá rodeando tu mirada;
tu oscuridad de Dios abierta
para que yo siga mi marcha.
¡Y si muriera en esta hora,
el aullido en que te alcanzaba!

Isaac Felipe Azofeifa

En Chile, 1935.

Alfarería nicoyana

Por ANASTASIO ALFARO

= Envío del autor.—Costa Rica y febrero de 1935 =

William H. Holmes y otros arqueólogos notables han conjeturado que nuestros indios no usaron el torno, ni otros medios mecánicos para fabricar las encantadoras piezas de cerámica nicoyanas, pues tenían la vista y las manos tan bien educadas, que podían dar a sus concepciones caprichosas la expresión artística variada y sugestiva que revelan los artefactos sepultados en las tumbas.

La pieza inédita que publicamos ahora la obtuvimos recientemente en Santa Cruz del Guanacaste, y pone de manifiesto el proceder sencillo de que se valían los indios para la fabricación de las vasijas de barro. Representa una india en actitud de contornear una olla grande, sentada de plan al suelo, sujetándola entre las piernas tendidas por un lado y otro, y haciéndola girar con ambas manos; el cuerpo de la india es hueco y tiene adentro bolitas de arcilla cocida, que era la manera de probar que la pieza estaba entera y bien quemada. El diámetro de la olla es de 10 centímetros; y el tronco, con la cabeza de la figura alcanza una altura de once y medio centímetros. Si no puede considerarse esta pieza como una obra de arte por la ejecución de los detalles, tiene un realismo sorprendente y constituye el mejor comprobante de la sencillez con que trabajaban los indios, sin tornos, mesas, ni banquillos. Mucha imaginación, buena vista y manos adiestradas eran los elementos de que podían disponer para transformar las arcillas en documentos históricos precolombinos. La pieza toda está pintada con ocres de colores, amarillo, rojo y negro; puestos seguramente sobre la figura en crudo, y afirmados después con pulidores de piedra, antes de meter la pieza al horno. En muchas partes conserva todavía el brillo del pulimento, que los agentes destructores del suelo no han podido borrar.

Según Oviedo, los indios "tenían libros de pergamino, que hacían de los cueros de los venados, tan anchos como una mano o más, e tan luengos como diez o doce pasos, e más e menos, que se encogían e doblaban e resumían en el tamaño e grandeza de una mano por sus dobleces uno contra otro, a manera de reclamo; y en aquestos tenían pintados sus caracteres o figuras de tinta roja o negra, de tal manera que, aunque no eran lectura ni escritura, significaban e se entendían por ellas todo lo que querían decir muy claramente; y en estos tales libros tenían pintados sus términos y heredamientos, e lo que más les parecía que debía estar figurado, así como los caminos, los ríos, los montes e boscajes, etc."



India chorotega terminando su tarea.

Esos libros desaparecieron con el incendio de Nicoya, o están sepultados en alguno de los archivos europeos, y al igual de los códices mexicanos no verán la luz pública mientras no tengamos un Francisco del Paso y Troncoso que consagre algunos años de su vida a la rebusca de documentos antiguos, no sólo en Sevilla, sino también en la Biblioteca del Vaticano y donde quiera que conserven papeles o pergaminos referentes a la historia precolombina del Nuevo Continente Sin embargo, los cementerios indios nos están diciendo dónde tenían sus viviendas, y los objetos sepultados en las tumbas revelan los medios de vida, sus costumbres y desarrollo mental.

La provincia de Guanacaste estaba habitada por los indios Chorotegas o Mangues, descendientes de los Nahuas, que se extendían desde México al Sur hasta la península de Nicoya, abarcando ambas márgenes de nuestro Golfo, hasta la punta de la Herradura. No falta quienes pretendan hacer diferencias sustanciales entre las tribus o cacicazgos, aun dentro del estrecho límite nicoyano; pero la casi identidad de las piezas arqueológicas, apenas permite la separación en parcialidades administrativas.

Los objetos de arcilla cocida que suministran las guacas varían desde el tamaño de una aceituna hasta las grandes urnas funerarias, que tuvieron quizá un metro de diámetro en casos excepcionales.

Algunos vasos y ornamentos están primorosamente dibujados en colores y otros utensilios domésticos carecen de adornos, aunque muestran corrección en las líneas y uniformidad en el espesor de las paredes, de acuerdo con el tamaño de cada vasija; las hay tan pequeñas, que apenas pudieron servir para llevar el achiote con que se pintaban las mejillas, en los grandes festivales.

Algunas piezas son tan semejantes unas a otras, que parecen hechas por el mismo obrero, aunque se hallen las sepulturas separadas por muchos kilómetros de distancia, como sucede con las de Nicoya, Filadelfia y Sardinal. Eso se debe al comercio entre unos pueblos y otros, como acontece en Guatemala, donde llevan los indios las cargas de tinajas, a la espalda, desde la Antigua hasta la Capital, con un día de jornada sin descanso. El primer vaso del tigre que publicamos en la Revista de Costa Rica, hace diez años, procedente de San Lázaro, lo hemos visto reproducido, casi idéntico, en los sacados últimamente de las sepulturas de Filadelfia y del Potrero, que distan muchos kilómetros unas de otras. Sin embargo, el tamaño, la forma y colorido de todos esos vasos clásicos parece indicar que fueron fabricados por el mismo artista.

Las tinajas y porrones que se fabrican actualmente en los pueblos nicoyanos son transportados a Puntarenas en bongos para la venta, y nada de raro sería que algunas lozas policromas, de las que aparecen en las tumbas güetares, tuvieran su origen en los antiguos talleres chorotegas, pues el comercio por la vertiente del Pacífico, o por el río San Juan y llanuras de Sarapiquí debió ser frecuente, como dice Lothrop en la página 295 de su libro admirable. Entre los centenares de objetos sacados del cementerio del Guayabo, en las faldas del volcán Turrialba, sólo aparecieron algunas piezas con dibujos en negro, sobre el fondo rojo común; nada que pudiera indicar el empleo de ocres diversos. Esto se debió seguramente a la falta de materiales apropiados, pues en la forma y relieves de los objetos de oro, piedra y barro sí mostraron aquellos indios gran desarrollo artístico, y tanta paciencia tenaz para el trabajo como los chorotegas.

Los pobladores antiguos del Guanacaste estaban influenciados por la cultura superior de los mexicanos y tenían en su favor la presencia del río Tempisque, que semejante al Nilo, inunda periódicamente sus riberas, fertilizándolas, después de haber formado con aluviones las llanuras extensas de ambas riberas, hasta su desembocadura en el Golfo de Nicoya. Por otra parte, tenían el extenso Golfo poblado de islas encantadoras, como el Mar Jónico, y lo natural es que floreciera el arte en tales condiciones, aprovechando las arcillas y los ocres, que eran los elementos de que podían disponer. Además, las costas

de Occidente, sobre el Océano Pacífico, están bordadas con bahías y playas, donde el color iridiscente de sus conchas rivaliza con los celajes y las puestas de sol, en riberas y costas pobladas por garzas e incontables aves marinas.

La evocación local española...

(Viene de la página 136)

niscencias de la que tenía más presentes, es decir, Salamanca y Toledo?" (25). Nosotros agregaríamos una tercera, basándonos en el documento que hemos analizado anteriormente: la Puebla de Montalbán. Y en realidad, ¿qué de más lógico que suponer que Rojas tuviera presente en su memoria, al crear la trama de su tragicomedia, el recuerdo de su propia ciudad natal?

En ese constante rehuir de la afirmación concreta y clara del ambiente geográfico y social en que se desarrolla la acción de "La Celestina", no hace Rojas, sino afirmar una actitud literaria muy propia del Renacimiento; la de colocar sus personajes en un ambiente indefinido, de evocación realista o de ensueño poético, para poder dar así a su obra, una simbólica universalidad genérica en su intención didáctica y en su poemática belleza. Quiso voluntariamente el bachiller de Rojas, suprimir todo aquello que fuera objetividad realista, drectamente observada, para poder abandonarse, sin riesgos y sin compromisos morales o literarios de ninguna clase, a la plena libertad de su imaginación creativa. Pero no obstante su origen judío, era nuestro gran Fernando, español de buena cepa; fué así como la poderosa vena realista del genio ibérico, impuso en él su localismo geográfico y su costumbrismo urbano, al hacer que se le escaparan—quizás hasta a pesar suyo—ciertos detalles precisos y algunas referencias concretas a lugares y a costumbres relativas a la vida española, tomados aquí y allá (Salamanca, Toledo, Sevilla, Puebla de Montalbán) a la libre voluntad de su memoria y sin pretender con ello, desde luego, dar a su obra, un determinado colorido urbano o folk-lórico (26).

La misma orientación literaria caracteriza a algunas de las otras "Celestinas", tales como "La Seraphina", "La Thebayda", "La Segunda Celestina" y la "Tragicomedia de Leandro y Rosalía". Un cuidadoso cotejo nos ha convencido de que si en ellas las referencias concretas a la vida española, son abundantes, no por eso dejan de ser siempre fugaces y poco significativas. Nunca pretenden ser rasgos definitivos e indispensables; se deslizan en el texto, como intrusas, dentro de un dominio de lo abstracto que no parece pertenecerles. En otra ocasión ofreceremos al lector, un trabajo que hemos preparado al respecto.

NOTAS

(1) Edición Krapf: págs. 48, 60, 103, 110.

(2) Págs. 196, 209, 240, 261.

(3) Págs. 194, 218. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, hace observar la preferencia que tiene Celestina por esta clase particular de vino: "El vino que los protagonistas (los de la Seraphina) beben no es el de Murviedro, tan grato a Celestina, y que debía de ser el que principalmente se consumiese en Valencia, sino el de la vega de Martos, de Luque o de Lucena". (Orígenes, Tomo III, pág. CLXXXVII). No creemos nosotros que la heroína de Rojas, limitara sus preferencias al vino de Murviedro; sus reservas del dulce néctar, contenían de muy variadas clases y procedencias: "Pues vino, ¿no nos sobraba de lo mejor que se bebía en la ciudad, venido de diversas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín e de otros muchos lugares?" (pág. 218).

(4) Pág. 218. Como simple curiosidad, indicaremos que el de Toro ya se menciona en el "Libro del Buen Amor", estrofa 1339.

(5) Pág. 51. Otro famoso embajador francés, aparece también en la "Lozana Andaluza", pág. 118 (Edición Michaud, París, s. f.), y en otra de las "Celestinas", no recordamos cuál, por el momento.

(6) Pág. 263. El nombre de esta calle, parece haber sugerido a Feliciano de Silva, autor de la "Segunda Celestina", el artificio dramático de esconder a la heroína (la misma Celestina de Rojas) en casa del arcediano, para resucitarla luego.

(7) Pág. 263.

(8) Pág. 263.

(9) Pág. 263.

(10) Pág. 331.

(11) Pág. 281. Esta referencia a las corridas de toros, que encontramos también en "La Thebayda", (Colección de libros raros o curiosos; Vol. V, págs. 220 y 447), no tiene en realidad, la importancia que pudiera tener como detalle de color local español, pues a fines del siglo XV, y a principios del XVI, la hoy llamada fiesta nacional, no se limitaba exclusivamente a tierras españolas; corridas de toros, por esos tiempos, también las hubo en Italia. Hasta el papa Borgia, y sus hijos César y Lucrecia, fueron muy dados a ellas. En "La Lozana Andaluza", cuya acción pasa en Roma, se alude también a una, a no ser que se trate de un símil en que se ensaya de comparar un pleito de mujeres ,con una lidia taurina; el texto no está muy claro, al respecto: "Xerezana.—Hola, mozos; abrí allí, que viene la Lozana y sus adherentes; mirá, vosotros id abaxo y hacedla rabiar, y decid que es estada aquí una jodía, que me afeitó, y que agora se vá, ya que va a casa de su favorida la Pimpinela, si queremos ver lidia de toros, y yo diré que porque se tardó pensé que no viniera. (Ed. cit., pág. 209).

(12) Historia de España y su Influencia en la Historia Universal: Tomo III, pág. 794; Editorial Salvat, Barcelona, 1922.

(13) Orígenes: Tomo III, págs. XXXVII-XLII.

(14) Revue Hispanique: Vol. IX, 1902, pág. 178.

(15) Orígenes: Tomo III, pág. XLI. Este argumento del ilustre polígrafo español es combatido por el señor Herrero García, en un artículo en la Revista de Filología Española: Tomo XI, 1924, págs. 402-412.

16) Variedades o Mensajero de Londres: pág. 246.

(17) Documentos referentes a Fernando de Rojas. Revista de Filología Española: Tomo XII, 1925, págs. 385-96.

18) Ob. cit.: pág. 388.

(19) Ob. cit.: pág. 391.

(20) Ob. cit.: págs. 392-93.

(21) Ed. cit.: pág. 263.

(22) Edición de la colección de: Libros raros o curiosos. Págs. 136 y 141.

(23) Ob. cit.: pág. 494.

(24) Ed. cit.: pág. 263.

(25) Orígenes: Tomo III, pág. XLII.

(26) He aquí como resume don Manuel de Montoliu, ese anti-españolismo de ambiente gráfico, que caracteriza a "La Celestina": "Podemos afirmar que la obra de Fernando de Rojas, es, entre las grandes obras de la literatura castellana, la que menos carácter nacional ostenta; es una obra universalmente europea y humana, en que ha tenido poca influencia el carácter específicamente nacional que distingue, en general, a toda la literatura castellana". (Literatura Castellana. Barcelona, 1929, pág. 187). Sobre las fuentes literarias de "La Celestina", véase: F. Castro Guisasola: Observaciones sobre las fuentes literarias de "La Celestina". Revista de Filología Española; Anejo V. Madrid, 1924.

Mater

(Boceto de *Francisco Zúñiga* para un Monumento a la Madre)

= *Envío del autor.* Costa Rica y febrero del 35 =

Mater.—Arrodillada, de la tierra levanta hasta su corazón al hijo, que le cabe en los brazos, pecho y labio, con justa medida de agua y vaso. Lo tiene contra sí misma y el gesto es el devorante y delicado de la suma ternura. Y esos ojos que caen sobre él, siempre, hasta la hora de la muerte le seguirán, vigilándole, sosteniéndole, bebiéndole. Y el hijo tiene un rotundo reventar de sanísima simiente, y toda la ignorancia del ángel. Un pecho, simple y perfecto, recobra su significancia de fuerza.

LOS RELIEVES

1. Madre Primigenia. Ofrece los senos como fuentes y está desnuda en la pureza de ser dada y fecunda. Eva, mater primigenia, primera madre, había de ser llevada por fin a símbolo, con al fondo de su gesto de ofrecer el seno abundante, el árbol del bien y del mal, que es nuestro destino de hombres.

2. Tierra Madre. He aquí al hombre inclinado a la tierra, madre la más profunda, madre la más llena de gracia. La mujer y la tierra ocultan el mismo secreto de las fecundaciones y de los alumbramientos. De la simiente que el varón pone en el surco, coge la misma cosecha de frutos y de hijos. Terra máter. Sudor de Adán fecundándola, e inclinándose a ella para adorarla y poseerla.

3. Madre Santísima. En entraña de mujer encarna el Logos. De mujer nace el espíritu santificado, que salva al mundo. Y ella asciende al cielo cristiano y está en él contemplando a Dios, el único que crea sin agentes, siendo la fuente de sí mismo. Dios desciende a la entraña de la mujer, brotándole el hijo por la gracia de haber sido purísima. Y el hombre se estará salvando por los siglos de los siglos, en este poder ser encarnado el espíritu en entraña de mujer, y la estará por eso santificando siempre.

4. Madre Dolorosa. Pliegues cubren el rostro de la madre de dolor. En esta piedra ha sido creado el silencio sin argumento de índice en los labios del ángel. Vosotros, que habéis perdido alguna vez lo que era carne y huesos y espíritu vuestro, debéis saber de este dolor y este silencio. Detrás de la madre inmovilizada, borrado el rostro delante del hijo muerto, hay dos mujeres gritando. Y el grito rompe más allá de la piedra, doloroso, angustioso, eterno, por sobre un profundo silencio.

FORMA

He aquí que el material del arte se vuelve transparente, atravesado como está todo de espíritu. La carne sin detalles, profunda. Una línea, la justa, como un claro maestro nos explica el secreto de su vida y nuestra vida. Y el perfil trasciende fuerza, y lo estático de la actitud presentada, recibe, contiene y salva el verdadero dinamismo, la profunda intimidad del movimiento. ¿No ha sido concebido esto con pura emoción religiosa? Y qué pocos son los que hoy, por sobre la sensualidad y superficialidad de todo, conquistan esta calidad de emoción frente a la vida y frente al arte.

Isaac Felipe Azofeifa

Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Ultimas ediciones de ESPASA-CALPE, S. A, Madrid:

León Felipe: *Antología.*

1. Autorretrato. 2. Poemas castellanos. 3. Poemas menores. 4. Normas. 5. Poemas americanos. 6. Oraciones. 7. Drop a Star.

Antonio Espina: *El nuevo diantre.* (Ensayos breves).

En la preciosa COLECCIÓN UNIVERSAL:

El tomo II de *Las florecillas de San Francisco* y *El cántico del Sol.* En la versión castellana, previo cotejo de los más antiguos Códices italianos, de Francisco Sureda Blanes.

Evg. Chirikov: *Palabra de honor* (Novela). La traducción del ruso ha sido hecha por Félix Díez Mateo.

Y estas obras de Shakespeare, en la traducción de Luis Astrana Marín:

Cimbelino
Otelo, el Moro de Venecia
El Rey Lear
Medida por medida.

En un folleto interesante:

Alejandro Andrade Coello: *El ocaso de los Conquistadores.* Quito. Ecuador. 1934.

En un cuadernito que mueve a leerlo:

J. Guillén Córdoba: *Romancero del pan.* Ambato. Ecuador.

Don Juan Trejos ha tenido la bondad de enviarnos:

Cuestiones de Psicología racional. Editorial TREJOS HNOS. San José de Costa Rica.

Buen ejemplo da con su labor.

Señalamos:

Rosa Arciniega: *Vidas de celuloide.* La novela de Hollywood. Editorial CENIT. S. A. Madrid.

Muy hábil escritora es la peruana Rosa Arciniega. Saca esta novela en la serie «Panorama literario español hispano-americano», de la Editorial CENIT.

El tomo XVI de las *Obras completas* de Joaquín Edwars Bello: *Don Eliodoro Yañez, "La Nación" y otros ensayos.* En las Ediciones ERCILLA, Santiago de Chile. 1934.

Señalamos esta obra:

Problemas de la Nueva Cuba. Lo publica y remite la Foreing la Policy Association Incorporated, de New York. 1935.

Es el informe de la Comisión de Asuntos Cubanos organizada en Nueva York en 1932.

Volveremos con este libro.

Cortesía de los autores:

Pedro García Cabrera: *Transparencias fugadas.* Poemas. Ediciones «Gaceta de Arte». 1934. Isla de Tenerife. Canarias.

Alberto Durán Rocha: *Vaso de inspiración.* Verso. Edit. MINERVA. San José, Costa Rica.

D. Moreno Jimenes: *El poema de la hija reintegrada* María Josefa Moreno. In memoriam. 1933-1934. Santo Domingo. Rep. Dominicana.

Sol poniente. Tributo al amor ideal. Por Modesto Cordero, poeta de la masonería puertorriqueña. San Juan, Puerto Rico. 1933.

Con el autor: Box 502. San Juan, Puerto Rico.

Montiel Ballesteros: *Queguay, el niño indio.* Ilustrado con maderas de Guillermo C. Rodríguez. Montevideo. Uruguay.

Con el autor: Las Piedras, Uruguay.

El Director de Cultura, de la Secretaría de Educación, La Habana, Cuba, nuestro amigo don José María Chacón y Calvo, nos ha remitido un ejpr. del *Homenaje a Enrique José Varona* en el cincuentenario de su primer curso de filosofía (1880-1930). Miscelánea de estudios literarios y filosóficos. La Habana, 1935.

Algunos de los colaboradores: R. Brenes Mesén, José María Chacón y Calvo, Elías Entralgo, Pedro Henríquez Ureña, Francisco Ichaso, Félix Lisazo, Jorge Mañach, Ramón Menéndez Pidal, Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring, Baldomero Sanín Cano.

También se quiere honrar la memoria de Varona con la publicación de

Revista Cubana, como publicación reanudada de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura.

El N.º 1 del Vol I lo hemos recibido en estos días. Con un estudio entre otros, de Menéndez Pidal acerca de *Las primeras noticias de Romances tradicionales en América.* De Emilio Ballagas: *Pasión y muerte del futurismo.* De Giuseppe Favole Giraudi: *La Eneida traducida por un cubano.* Etc. etc. Un mensuario de primer orden, en una palabra.

Los Elementos de Ciencia Hacendaria de don Tomás Soley Güell han alcanzado los méritos de una segunda edición, y en Costa Rica, por la Imp. Soley y Valverde. San José, 1934.

Atalaya es el nombre de una revista mensual que ha comenzado a publicarse en Lesaca, en el Bidasoa. Navarra, España. Nace bajo muy buenos auspicios.

Con los editores: Alfonso y Francisco Rodríguez Aldave.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: El semestre, $ 3.50 El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

"Camino de las horas", por Pedro Prado

= *Envío del autor.*—Santiago de Chile. Enero de 1935 =

Pedro Prado sale ahora de un silencio largo. Casi diez años había permanecido al margen de toda publicación. En este tiempo su voz se ha hecho más pura y el ritmo de sus versos acusa una perfección que linda con lo antológico.

Prado es un poeta que ha puesto en las manifestaciones de su arte personalísimo un acento filosófico y una inquietud acendrada por los motivos eternos. No es erótico ni sabe cantar las humanas pasiones. Busca sus temas en lo íntimo y familiar; pero desde allí sabe remontarse hacia las cumbres ideales en que las cosas adquieren otros contornos y se idealizan hasta lo abstracto.

En nuestro tiempo resulta singular caso el de un libro de sonetos por más que, en la portada, lleven el rótulo de libres. En este "Camino de las Horas", hemos gustado un manojo de poesías puras que han sido cinceladas en soledad o en íntima compañía. De ahí su emoción depurada, su novedad dentro de una forma tradicional subrayada por lo selecto del pensamiento del autor.

Prado se ha buscado a sí mismo en estos años. Hoy linda en lo religioso, tomando este vocablo en su sentido más puro antes que en la limitación de las confesiones o normas confesionales.

Son horas pobladas de secretos rumores, de murmullos distantes y distintos en que lo tumultuoso nunca se expresa. En ellas hay una limpieza expresiva y una emotividad fervorosa que, muy de tarde en tarde, surgen en nuestra literatura.

Muy bien expresa su temperamento Prado cuando dice que es "un boceto inconcluso, un alma rara siempre como sumida en la distancia."

En su filosofía de la vida aparece esta característica.

Hay como una bruma ideal en que se oculta el poeta. Allí quiere que su decir velado, obscuro, aprenda "la clara voz del pensamiento puro". Prado concreta más el estado de su mente en viñetas precisas y firmes con algo de paisaje, el justo para afirmarse en la tierra. Llaman poderosamente la atención los sonetos "Mil gorriones", "Vamos con lento andar" y "Las mulas trepan". En ellos se mezcla en un consorcio firme y perfectísimo lo real y lo ideal, lo concreto y lo abstracto de su autor, que ya había realizado páginas parecidas de una belleza honda en "Alsino" y en "Un juez rural".

Las inquietudes de Prado son recias y se traducen en estados de ánimo como en el soneto "Atento espero" y en "Amor es al otoño". Ahí surgen esencias de poesía de una musicalidad íntima y de acento sobrio que sólo saben dar los grandes líricos castellanos.

Toda la poesía de Prado es profunda, grave, idealista. Está cincelada con un deseo de perfección al estilo de la que hoy hace Juan Ramón Jiménez.


Pedro Prado

Pero, Prado tiene más arquitectura en su pensamiento. No llega a la oscuridad laberíntica del español. Prado se definió asimismo como un filósofo de la emoción. No recordamos cuándo o dónde le oímos esta definición, pero es la mejor que puede aplicarse a este hermoso libro.

Bajo su aspecto meditador y sereno es un hombre inquieto y roído por las tormentas íntimas al estilo de las que sacudían a Pascal. Por esto lo religioso es como una fuga en su verso limpio y puro.

Al final se concreta toda la vida y la obra de Prado en el poema ceñido que titula "Pasan los años". Es como el auto de fe de una existencia y el índice de una actitud futura.

El poeta pone ahora el asombro donde estaba la burla. Su imagen externa no es el reflejo de su mundo interior. Dice con fervor cristiano "ya no pregono todo lo que es mío". Ahora será más recogido y acrisolará sus melodías en las ascuas de lo eterno.

Pocas veces habíamos asistido a una conversión poética más notable que la que indica su reciente obra. De su panteísmo primitivo sólo quedan reflejos en algunos poemas en que se funden los seres en la armonía cósmica. Ahora el escritor se ha desnudado de todo lo externo, se ha perfeccionado en el culto del espíritu y busca sus temas en los grandes motivos del subjetivismo universal: la vieja casa de sus amores, los pájaros de Dios, los animales humildes como símbolos de la vida, las claras voces de lo interior expresadas con libres y limpios acentos.

Llega el libro de Prado como un brote melodioso de pura poesía. Aparece junto con otro en que nos ocuparemos pronto de Max Jara. Ambas voces se completan y dan en la lírica nacional una nota recia de íntimas inquietudes en que lo externo del verso se une a la profundidad de un grave misterio oculto. Este misterio es el que Prado exterioriza al decir: "Si digo como ayer las mismas voces, tú crees conocer, y no conoces".

En la manifestación clara de la nueva actitud esperamos que Prado dé pronto nuevas y bellas muestras de su lirismo templado por una filosofía vitalista y ferviente.

Ricardo A. Latcham

Imprenta «LA TRIBUNA»